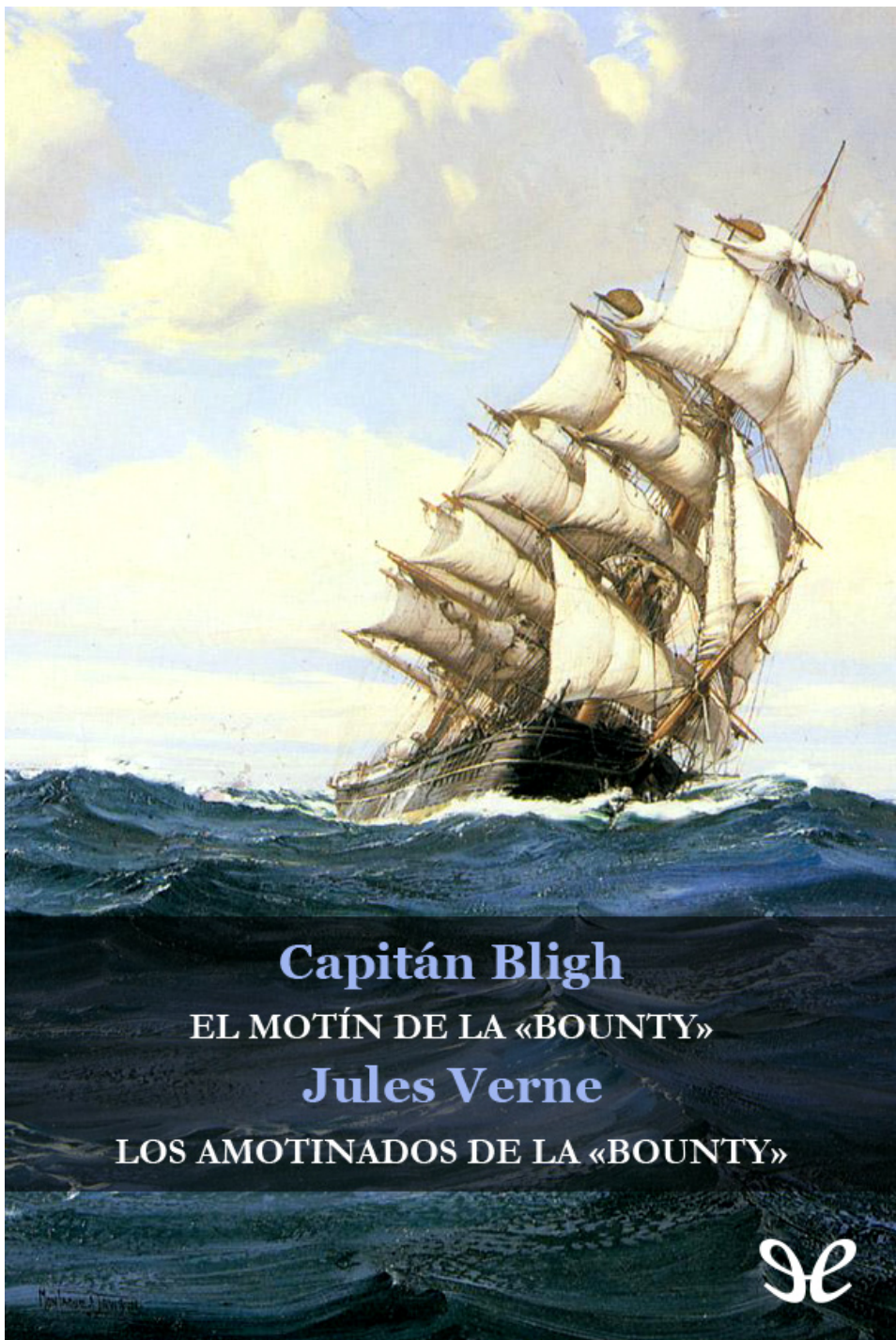




Capitán Bligh

EL MOTÍN DE LA «BOUNTY»

Jules Verne

LOS AMOTINADOS DE LA «BOUNTY»



Hay hechos reales, dice Verne, que la imaginación no sabría superar. El motín de la **Bounty** es el hecho más novelesco de la historia de la navegación: una tripulación hechizada por la belleza y la dulzura de las islas polinésicas, un motín a bordo; el capitán Bligh, abandonado con dieciocho hombres en un pequeño bote, se enfrenta victoriosamente a los salvajes, las tormentas y el hambre, mientras que los amotinados, vagando por el Pacífico, cumplen destinos trágicos y extraños.

La enorme fuerza del tema permite que el capitán Bligh, explorador experto, hombre culto y militar competente, narre su aventura con una sobriedad, una riqueza dramática y una eficacia en la suspensión del ánimo del lector dignas del mejor escritor profesional. Verne, en su relato, no necesita en este caso recurrir a su prodigiosa imaginación para mostrar la maravilla de la aventura en estado puro.



William Bligh & Jules Verne

El motín de la «Bounty» Los amotinados de la «Bounty»

ePub r1.3

Titivillus 13.04.15

Título original: *Narrative of the Mutiny on the Bounty*
(De los diarios del capitán Bligh)

William Bligh, 1838

Título original: *Les révoltés de la Bounty*

Jules Verne, 1879

Traducción: Héctor Cánova

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



NOTA A LA EDICIÓN

Si bien los dos escritos aquí reunidos abarcan, en su conjunto, la totalidad de los hechos centrales del motín de la Bounty, no se pretende, en la presente edición, ni exponer en todos sus detalles la historia del motín mismo, sus antecedentes y sus secuelas, ni entrar en las enormes repercusiones que tuvo en la historia de la marina, en particular la marina de guerra, siendo el primer episodio de un larga conflictividad que tuvo sus puntos culminantes en la rebelión de la flota inglesa del Norte en 1797 y en las revisiones y modificaciones de las normas de reclutamiento y disciplina no solo de la marina inglesa, sino en multitud de países. Incluso hoy la Bounty es un fantasma que pende en la disciplina naval, y su historia y su leyenda han dado materia para una abundante literatura y filmografía.

El juntar en un mismo volumen el relato del capitán Bligh del motín mismo y de su épico viaje posterior hasta Tímor, y la breve narración de Verne sobre el motín y sus secuelas, permite, en base al que es quizá el acontecimiento de más poder sugerente y romántico de la historia de la navegación, situar en un mismo plano lo real y lo novelesco. Hay veces, dice Verne, en que lo real supera cuanto pueda lograr la imaginación; y, en efecto, al capitán Bligh le basta con exponer los hechos desnudos para situar su relato en un nivel literario cuya calidad y efectos han sido raras veces logrados por los profesionales de la literatura de aventuras. La comparación con el relato de Verne, más sofisticado, lógicamente, en cuanto a recursos técnicos, y menos trabado por la rigurosa veracidad en la descripción de los hechos, permitirá comprobar que, en este caso, el empleo de la imaginación no le da ninguna ventaja al profesional de la pluma sobre el marino que se limita a narrar crudamente unos hechos.

Hay que matizar, de todos modos, que Bligh no era el lobo de mar

brutalmente ordenancista de las versiones legendarias del motín de la Bounty. Era un militar y un marino formado en todas las disciplinas propias de su profesión, un explorador experto interesado por la ciencia, y un hombre para el que, como se ve por su valoración de los paisajes en el relato, no era en absoluto ajena la percepción y valoración de la belleza. Como hombre culto, estaba además influido por las corrientes de pensamiento de finales del, y numerosos matices sitúan su relato en el marco de la corriente de gusto de la que estaba naciendo el romanticismo. Llamaremos la atención, en particular, sobre su espléndida descripción del desembarco en Tímor, en la que aparece plenamente desarrollado un sentido estético y dramático basado en la fuerza de los contrastes, en la intensidad de las imágenes, en el vigor del horror combinado con la emoción de la piedad. De cualquier modo, su relato, producto de las descarnadas anotaciones que hizo durante el dramático viaje de la lancha, representa, con todo derecho, la fuerza novelesca de lo real

siglo XVIII

·
La división en capítulos del relato de Bligh es, obviamente, arbitraria, y responde solamente a la tradición editorial inglesa del texto.

William Bligh

El motín de la «Bounty»

Martes, 28 de abril. Justo antes del amanecer, cuando yo estaba todavía durmiendo, el señor Christian, junto con el maestro de armas, el suboficial artillero y Thomas Burkett, marinero, entraron en mi camarote y, sujetándome, me ataron las manos a la espalda con un cabo, amenazándome con la muerte instantánea si hablaba o hacía el menor ruido. Yo, pese a ello, grité todo lo fuerte que pude, con la esperanza de conseguir ayuda; pero habían ya apresado a los oficiales que no estaban de su parte y habían colocado centinelas delante de sus puertas. Había tres hombres ante la puerta de mi camarote, aparte de los cuatro que habían entrado. Christian llevaba solamente un machete en la mano; los demás llevaban mosquetes y bayonetas. Me arrastraron fuera de la cama y me arrojaron al suelo, en camisón, sintiendo un fuerte dolor por lo fuerte que me habían atado las manos. Pregunté el motivo de aquella violencia, pero no recibí más respuesta que malos tratos por no tener la lengua quieta. El maestre, el artillero, el cirujano, el contramaestre señor Elphinstone y Nelson estaban confinados en la bodega, y la escotilla de proa estaba vigilada por centinelas. El jefe de marinería y el carpintero, y también el escribano, señor Samuel, fueron autorizados a salir a cubierta, donde me vieron detrás del mesana, con las manos atadas a la espalda y custodiado por una guardia encabezada por Christian. Se le ordenó al jefe de marinería que botara la lancha, con la amenaza de que si no lo hacía

instantáneamente «anduviera con cuidado».

Cuando la barca estuvo botada, se ordenó al señor Hayward y al señor Hallet, dos de los guardiamarinas, que bajaran a ella. Pregunté qué pretendían dando esa orden, y traté de convencer a los que me rodeaban de que no persistieran en aquellos actos de violencia; pero no conseguí nada. «Tenga quieta la lengua, señor, o dese por muerto al instante», me repetían constantemente.

Por entonces el maestre había mandado a pedir que le dejaran salir a cubierta, y se lo permitieron; pero al poco rato le ordenaron volver a su camarote.

Proseguí con mis esfuerzos por modificar el rumbo de las cosas, pero Christian cambió el machete que llevaba en la mano por una bayoneta que le entregaron, y, sujetándome fuertemente del cabo que me ataba las manos, me amenazó, con muchos juramentos, con matarme inmediatamente si no me callaba. Los miserables que me rodeaban tenían los mosquetes cargados y las bayonetas caladas. Se llamó por sus nombres a los que tenían que bajar al bote, y de ahí deduje que me dejarían a la deriva con aquella gente. Hice, en consecuencia, un nuevo esfuerzo para conseguir un cambio, pero sin más resultado que recibir la amenaza de que me harían saltar la tapa de los sesos.

Se permitió que el jefe de marinería y los hombres que iban a bajar al bote recogieran vino, lona, cables, velas, sogas, y veintiocho barricas de agua de un galón; y el señor Samuel consiguió ciento cincuenta libras de pan, junto con una pequeña cantidad de ron y de vino, y también un cuadrante y una brújula; pero le prohibieron, bajo pena de muerte, que tocara ningún mapa, libro de navegación, libro de observaciones astronómicas, sextante, reloj, o cualquiera de mis anotaciones o planos.

Cuando los amotinados hubieron obligado a los marineros de los que querían librarse a subir al bote, Christian dispuso que se sirviera un trago a cada uno de los de su tripulación. Vi entonces que, desdichadamente, no podía hacerse nada para recobrar el buque: no había nadie para ayudarme, y todos mis intentos recibían por réplica amenazas de muerte.

Luego se llamó a cubierta a los oficiales, y se les hizo saltar al bote por la borda, mientras que a mí me mantenían apartado de los demás detrás del palo de mesana. Christian, armado con una

bayoneta, me sujetaba por el vendaje que me inmovilizaba las manos. La guardia que me rodeaba tenía las armas cargadas, pero, cuando me atreví a desafiar a aquellos míseros ingratos a que dispararan, las descargaron.

Vi que Isaac Martin, uno de los que me vigilaban, se sentía inclinado a ayudarme, y, en el momento en que me daba a comer una pamplemusa^[1], pues yo tenía los labios resecos, nos comunicamos con miradas nuestros respectivos deseos; pero esto fue observado, y Martin fue apartado de mí. Luego, Martin trató de abandonar el buque, con cuyo objeto bajó al bote; pero le obligaron a volver, con muchas amenazas.

El armero, Joseph Coleman, y dos de los carpinteros, M'Intosh

y Norman, eran también adversos a los propósitos de los demás, y me rogaron, cuando yo estaba a popa en el bote, que recordara que ellos habían declarado que no tenían nada que ver con lo ocurrido. Me han dicho que también Michael Byrne quería abandonar el buque.

Sería ocioso que narrara mis esfuerzos por devolver a los delincuentes al sentido de su deber. Todo lo que pude hacer fue hablarles en general; pero no sirvió de nada, porque me tenían sólidamente atado, y no se permitió que se me acercara nadie más que los que me guardaban.

Estoy en deuda con el señor Samuel por haberse hecho con mis diarios y mis órdenes de navegación, junto con algunos documentos importantes del buque. Sin estas cosas no tenía nada que certificara lo que había hecho, y mi honor y figura hubieran podido ser objeto de sospecha sin que yo dispusiera de ningún documento adecuado para defenderlos. El señor Samuel llevó esto a cabo con gran resolución, pese a que le habían puesto una guardia y estaba estrictamente vigilado. Trató de salvar el cronómetro y una caja con mis observaciones, dibujos y anotaciones hechas durante quince años, y que eran numerosas, pero le bajaron al bote, diciéndole: «Vete al infierno, ya tienes bastante suerte con llevarte lo que tienes».

Me pareció que Christian permanecía un rato en la duda de si conservar al carpintero o a sus ayudantes; finalmente se decidió por esto último, y se le ordenó al carpintero que bajara al bote. Se le

permitió, aunque no sin alguna oposición, que se llevara su caja de herramientas.

Hubo muchos altercados entre la tripulación amotinada mientras ocurría todo esto. Algunos afirmaban, blasfemando: «Que me lleve el diablo si no encuentra el modo de volver a Inglaterra, si se le deja llevarse algo». Se referían a mí. Y, cuando bajaban la caja de herramientas del carpintero: «Que me coman los diablos, en un mes habrá construido un navío». Mientras, otros se reían de la desamparada situación del bote, ya que estaba muy hundido en el agua, y había muy poco espacio para sus ocupantes. En cuanto a Christian, parecía como si reflexionara sobre su propia destrucción y la de todos los demás.

Pedí armas, pero se rieron de mí, y dijeron que tenía una buena amistad con la gente entre la cual iba a ir y que por lo tanto no las necesitaba. Sin embargo, arrojaron al bote cuatro machetes en el momento en que virábamos de popa.

Una vez en el bote los oficiales y los hombres, ya solo esperaban por mí, y el maestro de armas informó de ello a Christian, el cual dijo entonces:

—Vamos, capitán Bligh, sus oficiales y sus hombres están ahora en el bote, y debe ir con ellos; si trata de ofrecer la menor resistencia, le mataremos al instante.

Y, sin más ceremonia, y con una tribu de rufianes armados rodeándome, me llevaron a la borda, donde me desataron las manos. Una vez en el bote, nos hicieron virar de popa con un cable. Nos arrojaron unos cuantos trozos de tocino, y alguna ropa, y también los machetes que ya he mencionado; y fue entonces cuando el armero y los carpinteros me gritaron que recordara que ellos no estaban para nada en el asunto. Después de soportar una buena cantidad de ridiculización, y habiendo sido retenidos para diversión de aquellos desdichados sin sentimientos, nos soltaron por fin, dejándonos abandonados en el océano abierto.

Tenía conmigo, en el bote, a las personas siguientes:

<i>Nombres</i>	<i>Grados</i>
John Fryer	Maestre
Thomas Ledward	Cirujano
David Nelson	Botánico
William Peckover	Artillero
William Cole	Jefe de marinería

William Purcell	Carpintero
William Elphinstone	Contramaestre
Thomas Hayward	Guardamarina
John Hallet	Guardamarina
John Norton	Cabo de brigada
Peter Linkeletter	Cabo de brigada
Lawrence Lebogue	Velero
John Smith	Cocinero
Thomas Hall	Cocinero
George Simpson	Segundo cabo de brigada
Robert Tinkler	Grumete
Robert Lamb	Carnicero
Señor Samuel	Escribano

A bordo de la *Bounty* quedaron

Fletcher Christian	Contramaestre
Peter Heywood	
Edward Young	Guardamarinas
George Stewart	
Charles Churchill	Maestro de armas
John Mills	Segundo artillero
James Morrison	Segundo jefe de marinería
Thomas Burkett	Marinero
Matthew Quintal	”
John Sumner	”
John Millward	”
William	”
M’Koy	
Henry Hillbrant	”
Michael Byrne	”
William Muspratt	”
Alexander Smith	”
John Williams	”
Thomas Ellison	”
Isaac Martin	”
Richard Skinner	”
Matthew Thompson	”
William Brown	Jardinero
Joseph Coleman	Armero
Charles Norman	Ayudante de carpintero

Thomas
M'Intosh

Segundo ayudante de
carpintero

En total veinticinco hombres, en su mayoría marineros de la tripulación del buque.

Como había poco o ningún viento, remamos a buena velocidad hacia Tofoa, que se encontraba al nordeste, a unas diez leguas de donde estábamos. Mientras el buque se mantuvo a la vista navegó hacia el oeste-noroeste, pero me pareció que era solo una treta, porque, mientras nos bajaban al bote, oímos decir frecuentemente entre los amotinados: «¡Hurra! ¡A Tahití!».

Christian, el jefe de los amotinados, pertenece a una familia respetable del norte de Inglaterra. Era el tercer viaje que hacía conmigo, y, como yo había considerado necesario dividir la tripulación de mi buque en tres guardias, le había ordenado que se hiciera cargo de la tercera, ya que su capacidad estaba absolutamente al nivel de esta tarea; y de esta manera el maestre y el artillero no tenían que turnarse el uno al otro en las guardias.

También Heywood pertenece a una familia respetable del norte de Inglaterra, y es un joven capaz, lo mismo que Christian. Estos dos habían sido objeto de consideración y atenciones particulares por mi parte, y me había tomado muchos trabajos para instruirlos, porque había albergado esperanzas de que, como profesionales, podían convertirse en una honra para su país.

Young estaba bien recomendado, y tenía aspecto de ser un marino robusto y capaz. Sin embargo, no había estado a la altura de lo que prometía su aspecto.

Stewart era un joven de padres honrados en las Orkney, lugar donde, al regreso del *Resolution* de los Mares del Sur en 1780, habíamos sido objeto de tan buen trato que, solamente en base a esto, me lo hubiera llevado de buena gana conmigo; pero, independientemente de esta recomendación, era todo un marino, y siempre había mostrado buen carácter.

A pesar de la rudeza con que fui tratado, el recuerdo de viejas bondades había producido en Christian ciertos signos de remordimiento. En el momento en que me sacaban del buque, le pregunté si aquel trato era un modo adecuado de corresponder a las

muchas pruebas de mi aprecio que había recibido. Pareció turbarse ante mi pregunta, y respondió, muy azarado:

—Esa... Capitán Bligh... es la cuestión. Estoy en un infierno... Estoy en un infierno.

Así que dispuse de tiempo para reflexionar, sentí una satisfacción interior que me evitó la depresión de ánimo. La conciencia de mi integridad y de mi ansiosa solicitud por el bien del servicio en el que estaba comprometido me afianzó asombrosamente la mente, y empecé a concebir esperanzas de que, a pesar de aquella calamidad tan tremenda, algún día podría rendir cuentas del infortunio ante mi rey y mi país. Unas pocas horas antes, mi situación había sido peculiarmente abrumadora. Había tenido el buque en el más perfecto orden, y bien provisto de todo lo necesario tanto para el servicio como para la salud. Con una temprana atención a estos detalles me había precavido, hasta donde estaba en mi poder, contra cualquier accidente en el caso de que no pudiera pasar los estrechos Endeavour, así como contra cualquier cosa que pudiera ocurrirme en ellos; además de esto, las plantas^[2] habían sido conservadas con éxito, en floreciente estado; así que, en términos generales, habían sido completados los dos tercios del viaje, y lo que faltaba, según todas las apariencias, tenía un aspecto muy prometedor. Todo el mundo a bordo estaba en perfecta salud, cosa cuya consecución había figurado siempre entre los principales objetos de mi atención.

Podrá hacerse, muy naturalmente, esta pregunta: ¿Cuál pudo ser la razón para semejante rebelión? En respuesta a ella, lo único que puedo hacer es conjeturar que los amotinados habían alimentado la esperanza de una vida más feliz entre los tahitianos de la que podrían disfrutar en Inglaterra; y esto, unido con algunas relaciones establecidas con mujeres, debió ser, con toda probabilidad, lo que ocasionó todo el problema.

Las mujeres de Tahití son hermosas, dulces y alegres en sus maneras y su conversación, tienen una gran sensibilidad, y la delicadeza suficiente para hacerse admirar y querer. Los jefes le habían cobrado tanto afecto a nuestra gente que antes les alentaban a permanecer entre ellos que a otra cosa, e incluso les habían prometido grandes posesiones. En vista de estas circunstancias, y de otras muchas igualmente deseables, quizá ahora no sea tan de

extrañar, aunque era prácticamente imposible de prever, el que un grupo de marineros, en su mayoría sin lazos estables, se descarriaran; sobre todo si se tiene en cuenta que, adicionalmente a tan poderosas tentaciones, imaginaban tener al alcance de la mano el establecerse, rodeados de abundancia, en una de las islas más bonitas del mundo, donde no tendrían que trabajar, y donde las seducciones de la disipación van más allá de lo que puede concebirse. Lo más, sin embargo, que cualquier capitán hubiera podido haber supuesto que ocurriría era que parte de la tripulación se viera tentada a desertar. Pero si se afirmara que un capitán debe precaverse contra un acto de amotinamiento y piratería en su propio buque en mayor medida de lo que establecen las normas comunes del servicio, sería como decir que debe dormir encerrado con llave y que, despierto, debe ir cubierto de pistolas.

Se han producido deserciones, en mayor o menor medida, en la mayor parte de los buques que han pasado por las Islas de la Sociedad, pero siempre ha quedado dentro del alcance de los capitanes el lograr que los jefes devolvieran a sus hombres. El conocimiento, por lo tanto, de que no era seguro desertar, fue quizá lo primero que llevó a mis hombres a considerar lo fácilmente que podía tomarse por sorpresa un buque tan pequeño, y que una oportunidad tan favorable no volvería a presentárseles jamás.

El secreto en que se preparó este motín va más allá de lo imaginable. Trece de los que venían conmigo habían convivido constantemente con los marineros, y sin embargo ni ellos, ni los compañeros de mesa de Christian, de Stewart, de Heywood y de Young, habían observado en ningún momento ningún detalle que les permitiera sospechar en lo más mínimo lo que se estaba tramando. No es cosa de asombro el que yo fuera víctima de un acto de villanía tan sigilosamente planeado, teniendo yo la mente enteramente libre de toda sospecha. Quizá si a bordo hubiera habido infantes de marina un centinela situado ante mi puerta hubiera podido impedir aquello; ya que yo dormía siempre con la puerta abierta, para que el oficial de servicio pudiera acceder a mí en cualquier momento, siendo la posibilidad de semejante conspiración algo que quedaba lejísimos de mis pensamientos. Si el motín hubiera tenido por causa agravios, ya reales, ya imaginarios, yo hubiera debido descubrir entre ellos síntomas de descontento

que me hubieran puesto en guardia; pero el caso era muy distinto. Con Christian, en particular, tenía el más amistoso de los tratos. Aquel mismo día estaba invitado a comer conmigo, y la noche anterior se había excusado de cenar conmigo, pretextando no encontrarse bien; cosa que me preocupó, ya que no tenía ninguna sospecha en contra de su integridad y su honor.

Mi primera determinación fue ir a buscar provisiones de fruto del árbol del pan y de agua en Tofoa, para navegar luego hasta Tongataboo y allí arriesgarme a solicitar del rey, Poulaho, que equipara nuestro bote y nos suministrara agua y provisiones con las que poder alcanzar las Indias Orientales.

La cantidad de provisiones que encontré en el bote era: 150 libras de pan, 16 lonjas de tocino (cada una de ellas con un peso de 2 libras), 6 cuartos de ron, 6 botellas de vino, 28 galones de agua, y cuatro *barrecoes* vacíos.

Afortunadamente hubo calma toda la tarde hasta alrededor de las cuatro, hora en que nos encontrábamos tan lejos a barlovento que, con una moderada brisa del este que se levantó, pudimos navegar a vela. Pese a ello había ya oscurecido cuando llegamos a Tofoa, donde contábamos desembarcar; pero la costa resultó tan escarpada y rocosa que nos vimos obligados a abandonar por completo esa idea y a mantener el bote a socaire de la isla valiéndonos de dos remos, ya que no había ancladero. Tras haber establecido este modo de pasar la noche, serví a cada hombre media pinta de grog, y cada cual descansó lo mejor que lo permitía nuestra desdichada situación.

Por la mañana, al amanecer, remamos siguiendo la costa en busca de algún punto de desembarco, y hacia las diez descubrimos una cala con una playa rocosa en el lado noroeste de la isla, donde

solté el rezón^[3], a menos de veinte yardas de las rocas. Había una fuerte resaca en la orilla, pero como no deseaba disminuir nuestra reserva de provisiones desembarqué al señor Samuel y a algunos otros; escalaron el acantilado y fueron tierra adentro en busca de provisiones. El resto permanecemos en la cala, sin descubrir ninguna otra vía de adentrarse en el país que la que había seguido el señor Samuel. Fue para mí un gran consuelo descubrir que los ánimos de mis hombres no se habían derrumbado, a pesar de nuestra situación mísera y casi desesperada. Hacia mediodía volvió el señor Samuel con unos pocos cuartos de agua que había encontrado en concavidades; pero no había encontrado ninguna fuente ni ninguna perspectiva de abastecimiento suficiente en aquel sentido, y solamente había visto indicios de habitantes. Dada la incertidumbre de nuestras necesidades futuras, solamente di un bocado de pan y un vaso de vino a cada persona para cenar.

Observé que la latitud de aquella cala era de 19° 41' sur. Está en el lado noroeste de Tofoa, la isla situada más al norte-noroeste de las Islas de los Amigos.

El tiempo era bueno, pero el viento soplaba tan fuerte del este-sudeste que no podíamos aventurarnos en el mar. Nuestra retención convertía en absolutamente necesario el tratar de obtener algo que contribuyera a nuestro sustento, ya que decidí, si era posible, conservar íntegramente nuestras provisiones. Así, pues, llevamos ancla, y remamos siguiendo la costa para ver si podíamos conseguir algo; y por fin descubrimos algunos cocoteros; pero estaban en la cima de altos precipicios, y la rompiente hacía peligroso el desembarco. Sin embargo, vencimos ambas dificultades. Algunos de los hombres escalaron las rocas con grandes dificultades y consiguieron unos veinte cocos, y otros les lanzaron cables por medio de los cuales les halamos hasta el bote venciendo la rompiente. Aquello era todo lo que allí podía hacerse, y, como no había encontrado para pasar la noche ningún sitio tan seguro como el que habíamos dejado, volví a la cala, y, tras entregar un coco a cada persona, nos dimos de nuevo al descanso en el bote.

Cuando vino el día tratamos de hacernos a la mar, pero el viento y el tiempo estaban tan mal que volví encantado a nuestro fondeadero. Después de entregarse un bocado de pan y una cucharada de ron a cada cual, desembarcamos, y penetré en el país

con el señor Nelson, el señor Samuel y algunos otros, tras izarnos por el precipicio valiéndonos de largas enredaderas que los nativos habían puesto allí con tal objeto, siendo ese el único modo de entrar en el país.

Encontramos unas pocas chozas deshabitadas y un pequeño platanar, pero tan poco cuidado que solo pudimos obtener de él tres pequeños racimos de plátanos. Tras dejar atrás aquel sitio llegamos a un profundo barranco que conducía hacia una montaña, cerca de un volcán, y, como imaginé que en la estación de las lluvias debían pasar por allí grandes torrentes de agua, esperamos que encontraríamos la suficiente para nuestra conveniencia en concavidades de las rocas, pero después de toda nuestra búsqueda conseguimos solamente nueve galones. Avanzamos hasta menos de dos millas del pie de la montaña más alta de la isla, en la que se encuentra el volcán, el cual está casi constantemente en actividad. El territorio de sus alrededores está cubierto de lava y tiene un aspecto realmente siniestro. Como no habíamos sido afortunados en nuestros descubrimientos y no veíamos nada que pudiera aliviar nuestras penas, salvo los plátanos y el agua ya mencionados, regresamos al bote sumamente fatigados y débiles. Cuando llegué al precipicio por el que habíamos de bajar hasta la cala, la cabeza empezó a darme vueltas de tal modo que me pareció difícilmente posible realizar el descenso. Sin embargo, con la ayuda de Nelson y de otros, me bajaron finalmente, muy debilitado. A mediodía había vuelto todo el mundo. Di a cada cual una onza de tocino y dos plátanos, con medio vaso de vino. Constaté de nuevo que la latitud de aquel sitio es de 19° 41' sur. Había ordenado que la gente que se quedaba en el bote tratara de conseguir pescado o cualquier otra cosa que pudiera encontrarse entre las rocas, pero no encontraron nada comestible, de modo que, en términos generales, consideramos que estábamos en el punto de la tierra más mísero que podría uno imaginarse.

No podía decir con seguridad, por el anterior conocimiento que tenía de aquella isla, si estaba o no habitada; pero sabía que se la consideraba inferior a las demás islas, y, sin estar seguro, pensaba que los indios solamente iban a ella en ocasiones particulares. Estaba ansioso por dilucidar aquello, pues, en el caso de que allí hubiera habido aunque solamente fuera muy poca gente, y de que

esta hubiera podido proporcionarnos víveres, así fuera muy moderadamente, el permanecer en aquel sitio para hacer preparaciones para el viaje hubiera sido preferible al riesgo de ir entre multitudes con las que tal vez lo perderíamos todo. Decidí, por lo tanto, que, en cuanto el sol estuviera un poco más bajo, un grupo lo bastante fuerte siguiera otra ruta; y se pusieron en marcha de muy buena gana.

El grupo partió hacia las dos de la tarde, pero después de muchas fatigas volvieron al atardecer sin ningún éxito. En el extremo de la cala, a unas ciento cincuenta yardas de la orilla, había una cueva; la distancia a través de la playa rocosa era de unas cien yardas, y desde la parte interior de la isla hasta la ala no había otro camino que el que ya he descrito. La posición nos garantizaba contra el peligro de que nos atacaran por sorpresa, y decidí pasar la noche en la ribera con parte de mi gente, para que los demás tuvieran más espacio en el bote, en el que se quedó el maestre, al que ordené que se mantuviera allí con el rezón y estuviera alerta por si nos atacaban. Ordené que se hirviera un plátano para cada persona, y, tras haber cenado con esta escasa ración y con un cuarto de pinta de grog, fijé las guardias para la noche, y bajaron a tierra aquellos a quienes tocaba el turno de dormir en la cueva, delante de la cual mantuvimos una buena hoguera; a pesar de ella, sin embargo, nos molestaron mucho las moscas y los mosquitos.

Viernes, 1° de mayo. Al despuntar el alba, volvió a partir el grupo por una ruta distinta, para ver qué encontraban, y en el curso de su excursión sufrieron mucho por falta de agua. Pero se encontraron con dos hombres, una mujer y un niño. Los hombres vinieron con ellos a la cueva y trajeron dos cáscaras de coco con agua. Traté de hacer amistad con aquella gente, y les envié a buscar frutos del pan, plátanos y agua. Poco después vinieron a vernos otros nativos, y hacia el mediodía, había unos treinta a nuestro alrededor, de los que obtuvimos una pequeña cantidad de provisiones; pero solamente pude permitir que cada hombre tuviera para cenar una onza de tocino y una cuarta parte del fruto del árbol del pan, con media pinta de agua; ya que me mantenía firme en mi decisión de no utilizar nada del pan o del agua del bote.

No había entre los nativos ningún jefe en particular. Eran, sin

embargo, tratables, y se comportaron honradamente, intercambiando las provisiones que traían por unos pocos botones y baratijas. El grupo que había estado fuera me informó de que habían visto varias plantaciones bien cuidadas, de modo que no quedaba ya ninguna duda de que la isla tenía habitantes fijos, razón por la cual decidí conseguir lo que pudiera y hacerme a la mar en la primera ocasión en que el viento y el tiempo nos lo permitieran.

Estaba muy desconcertado acerca de cómo explicar a los nativos la pérdida de mi buque. Sabía que tenían demasiado buen sentido para que se les engañara con la historia de que el buque vendría a por mí, ya que no se le avistaba desde las colinas. Al principio dudé entre si contaría el hecho real o si diría que el buque había volcado y se había hundido, y que solamente nosotros nos habíamos salvado. Esto último me pareció los más adecuado y ventajoso para nosotros, y, en consecuencia, di instrucciones a mis hombres para que todos coincidiéramos en la misma historia. Tal como suponía, hicieron preguntas sobre el buque, y parecieron convencerse fácilmente de nuestra explicación; pero no apareció en sus rostros ni el menor signo de pena o alegría, aunque sí creí discernir algunos indicios de sorpresa. Algunos de los nativos estuvieron yendo y viniendo durante toda la tarde, y conseguimos fruto del árbol del pan, plátanos y cocos en cantidad suficiente para otro día; pero solamente nos trajeron unas cinco pintas de agua. Vino también una canoa, con cuatro hombres, y nos trajo unos cuantos cocos y frutos del árbol del pan, que compré como había comprado lo demás. Preguntaron mucho si teníamos clavos, pero no quise mostrarles ninguno, ya que los necesitábamos para utilizarlos en el bote.

Hacia el anochecer tuve la satisfacción de ver que la cantidad de nuestras provisiones había aumentado levemente; pero no parecía que los nativos pudieran desprenderse de gran cosa. Traían las cosas en cantidades tan pequeñas que no tuve razones para esperar que pudiéramos obtener de ellos lo suficiente para abastecernos para nuestro viaje. Cuando se hizo de noche, los nativos nos dejaron tranquilamente dueños de la cueva. Eso me pareció un buen signo, y no me cupo duda de que volverían al día siguiente con más provisiones de comida y agua, provisiones con las que me proponía hacerme a la vela sin más demora; ya que, si tratando de alcanzar Tongataboo nos veíamos empujados a sotavento de las islas,

tendríamos una mayor cantidad de provisiones para afrontar tal infortunio.

Por la noche serví un cuarto de fruto del árbol del pan y un coco a cada persona para cenar, y, tras encenderse una buena hoguera, todos menos la guardia se echaron a dormir.

La mañana siguiente, al romper el día, tuve la satisfacción de ver que los ánimos de todos estaban un poco reavivados, y que ya no me miraban con aquella expresión inquieta que habían tenido desde que habíamos perdido de vista al buque; en todos los rostros parecía haber un cierto grado de alegría, y todos parecían dispuestos a hacer cuanto estuviera en su mano.

Dado que no había ninguna certidumbre de que los nativos nos abastecieran de agua, envié un grupo a los barrancos de las montañas, con cáscaras de coco vacías, para ver qué se podía encontrar. Durante su ausencia vinieron dos canoas, procedentes del lado norte de la isla. En una de ellas venía un anciano jefe llamado Maccaackavow. Poco después volvieron algunos de los del grupo de aprovisionamiento, y con ellos venía un jefe de buena presencia llamado Egijeeefow, o quizá, más propiamente, Eefow, Egij o Eghee, palabra que designaba a un jefe. Regalé a cada uno de estos dos hombres una camisa vieja y un cuchillo, y pronto descubrí que o bien me habían visto, o bien habían oído hablar de mí en el curso de mi estancia en Annamooka. Sabían que había estado con el capitán Cook, por el que me preguntaron, y también con el capitán Clerk. Fueron muy inquisitivos acerca de cómo había perdido mi buque. Durante esta conversación se presentó un joven llamado Nageete, al que recordaba haber visto en Annamooka, que manifestó una gran alegría al verme. Le pregunté por Poulaho y por Feenow, los cuales, me dijeron, estaban en Tongataboo; y Eefow accedió a acompañarme hasta allí si yo esperaba a que el tiempo se calmara. La servicialidad y afabilidad de este hombre me satisficieron mucho.

Esto, sin embargo, no duró demasiado, ya que los nativos empezaron a crecer en número, y observé ciertos síntomas de planes en contra nuestra. Poco después trataron de halar el bote a la orilla, en vista de lo cual blandí mi machete de modo amenazador, y hablé con Eefow, pidiéndole que desistieran, cosa que hicieron; y todo volvió a la tranquilidad. Aquellos de mis hombres que habían

estado en las montañas volvieron entonces con unos tres galones de agua. Seguí comprando la poca cantidad de fruto del árbol del pan que nos traían, y compré también algunas lanzas para armar con ellas a mis hombres, ya que solamente teníamos cuatro machetes, dos de los cuales estaban en el bote. Como no disponía de medios para mejorar nuestra situación, dije a los míos que esperaría hasta la puesta del sol, y que quizá para entonces podría ocurrir algo favorable para nosotros; ya que si tratábamos de irnos entonces tendríamos que abrirnos paso combatiendo, cosa que podríamos hacer más ventajosamente de noche; y que entre tanto teníamos que tratar de llevar al bote lo que habíamos comprado. La playa estaba llena de nativos, y no oíamos otra cosa que el entrechocar de piedras que llevaban en cada mano. Yo sabía muy bien que esta era señal de un ataque. A mediodía serví para comer un coco y un fruto del árbol del pan a cada hombre, y di algo de comida a los jefes, con los que seguí mostrándome externamente afable y amistoso. Insistieron a menudo para que me sentara, pero con igual insistencia me negué a hacerlo, ya que tanto a Nelson como a mí se nos ocurrió que pretendían aprisionarme si les daba esta oportunidad. Manteniéndonos, pues, constantemente en guardia, permitieron que tomáramos con cierta tranquilidad nuestra incómoda comida.

Después de comer empezamos, poco a poco, a llevar nuestras cosas al bote, tarea que resultaba problemática por culpa de la rompiente. Vigilé atentamente los movimientos de los nativos, que seguían aumentando en número, y descubrí que su intención estaba muy lejos de ser la de dejarnos; encendieron fuegos, y eligieron sitios donde pasar la noche. Se consultaban entre ellos, y todo me decía con seguridad que seríamos atacados. Hice llegar al maestre la orden de que cuando nos viera acercarnos mantuviera el bote cerca de la orilla para que pudiéramos embarcar más prontamente.

Yo tenía conmigo en tierra mi diario, y escribía los acontecimientos en la cueva; y al mandarlo al bote estuvo a punto de ser robado, y no lo fue por la oportuna intervención del artillero.

El sol estaba a punto de ponerse cuando hice pasar de boca en boca la orden de que todos los que estaban en tierra conmigo cogieran abiertamente las cosas que les correspondían y las llevaran al bote. Los jefes me preguntaron si no me quedaría con ellos toda

la noche. Les dije:

—No, nunca duermo fuera de mi embarcación; pero mañana por la mañana volveremos a comerciar con vosotros, y me quedaré aquí hasta que mejore el tiempo y podamos ir, tal como hemos acordado, a ver a Poulaho en Tongataboo.

Entonces, Maccaackavow se puso en pie y dijo:

—¿No dormirás en tierra? Entonces, *mattie* (esta palabra significa, literalmente, «os mataremos»).

Y me dejó. El ataque se estaba preparando. Todos ellos, como antes he descrito, hacían entrechocar piedras. Eefow se fue de mi lado. Todo estaba en el bote, menos dos o tres cosas. Tomé de la mano a Nageete, y caminamos por la playa, sumidos todos en un horror silencioso.

Mientras yo veía embarcar a mi gente, Nageete me pidió que me quedara para hablar con Eefow, pero descubrí que les estaba alentando para el ataque, y yo estaba decidido, si este se hubiera desencadenado en aquel momento, a matarle por su comportamiento traicionero. Ordené al carpintero que no se alejara de mí hasta que todos los demás estuvieran en el bote. Nageete, al darse cuenta de que yo no me iba a quedar, se soltó de mi agarro y huyó. Luego estuvimos todos en el bote, salvo un hombre que, mientras yo subía a bordo, lo abandonó y corrió hacia la playa para orientar la popa, a pesar de que el maestre y otros le llamaban para que volviera mientras me ayudaban a mi a subir desde el agua.

Apenas estaba yo en el bote cuando se lanzaron al ataque unos doscientos hombres. El pobre infortunado que había corrido hasta la playa fue abatido, y las piedras volaron como una lluvia de disparos. Muchos indios asieron el cable de popa y se dispusieron a tirar del bote hasta la orilla, cosa que indudablemente hubieran logrado de no haber tenido yo en el bolsillo un cuchillo con el que corté el cable. Luego tiramos del rezón. Todos estábamos más o menos magullados. Mientras lo hacíamos, vi a cinco nativos rodeando al pobre hombre muerto. Dos de ellos le golpeaban en la cabeza con piedras que llevaban en las manos.

No tuvimos tiempo de reflexionar, ya que, ante mi sorpresa, llenaron de piedras sus canoas, y doce hombres vinieron hacia nosotros para reanudar el ataque, cosa que hicieron tan eficazmente que casi nos pusieron a todos fuera de combate. Nuestro rezón

estaba trabado, pero la Providencia nos ayudó, ya que se rompió la uña del rezón; nos lanzamos a los remos y nos hicimos a la mar. Ellos, sin embargo, podían remar a nuestro alrededor, de modo que nos vimos obligados a soportar el ataque sin poder replicar a él más que con las piedras que caían dentro del bote; y descubrí que en aquel terreno éramos muy inferiores a ellos. No podíamos abordarles, porque nuestro bote se movía pesadamente por la carga, y ellos sabían muy bien cómo sacar partido del hecho. Adopté, por lo tanto, el recurso de tirar por la borda alguna ropa que, como esperaba, ellos se detuvieron a recoger; y, como para entonces casi había anochecido, abandonaron el ataque y volvieron a la orilla, dejándonos solos, reflexionando sobre nuestra desdichada situación.

El infortunado que había muerto a manos de los nativos era John Norton. Era su segundo viaje conmigo como cabo de brigada, y su digno modo de ser me hizo lamentar muchísimo su pérdida. Ha dejado a un padre anciano, según me han dicho, al que él sustentaba.

En otra ocasión anterior ya había yo resistido un ataque de similar naturaleza, con unos pocos europeos enfrentados a una multitud de indios. Fue después de la muerte del capitán Cook, en el *morai* de Owhyhee, donde me había dejado el teniente King. Sin embargo, a pesar de esta experiencia, no tenía ni idea de que un brazo humano pudiera arrojar piedras de dos a ocho libras de peso con la fuerza y la precisión con que lo hacía aquella gente. Desgraciadamente, carecíamos de armas de fuego, cosa que los indios sabían; y fue una circunstancia afortunada que no iniciaran el ataque cuando estábamos en la cueva, ya que en tal caso nuestra aniquilación hubiera sido inevitable, y lo único que hubiéramos podido hacer hubiera sido vender nuestras vidas lo más caro posible, cosa en la que, según percibí, todos estaban animosamente dispuestos a participar. Esta perceptible valentía había demorado a los indios, que habían pensado poder llevar a cabo sus propósitos sin riesgos cuando estuviéramos en el bote.

Tomando aquello como una muestra de la disposición de los nativos, había pocos motivos para esperar demasiados beneficios de perseverar en la intención de visitar a Poulaho, ya que consideré que su buen comportamiento había procedido en otras ocasiones del miedo a nuestras armas de fuego y que, en consecuencia, era

probable que cesara cuando supieran que estábamos desprovistos de ellas. Incluso suponiendo a nuestras vidas fuera de peligro, lo más probable sería que nos despojaran del bote y de todo lo que llevábamos, cerrándonos con ello toda esperanza de poder regresar a nuestro país natal.

Izamos velas y navegamos siguiendo la costa oeste de la isla de Tofoa, soplando un viento fresco del este. Mi mente estaba entregada a la reflexión sobre qué era lo mejor que podía hacerse cuando todos mis hombres me rogaron que les llevara hacia la patria; y cuando les dije que no teníamos esperanzas de auxilio (salvo por lo que pudiéramos encontrar en Nueva Holanda) hasta llegar a Tímor, que estaba a no menos de mil doscientas leguas, donde había una colonia holandesa, aunque yo no sabía en qué parte de la isla, todos estuvieron de acuerdo en sustentarse con una onza de pan y un cuarto de pinta de agua por día. En consecuencia, después de examinar nuestra reserva de provisiones y de recomendarles, del modo más solemne, que no se desviarán de su promesa, nos adentramos en un mar del que poco saben los navegantes en un pequeño bote de veintitrés pies de proa a popa, cargado a tope con dieciocho hombres. Me confortó, sin embargo, ver que todos ellos parecían aceptar la situación mejor que yo mismo.

Nuestra reserva de provisiones consistía en cosa de ciento cincuenta libras de pan, veintiocho galones de agua, veinte libras de tocino, tres botellas de vino, y cinco cuartos de ron. La diferencia entre esto y lo que teníamos en el momento de separarnos del buque se debía principalmente a nuestras pérdidas en el alboroto y la confusión del ataque. Había en el bote unos cuantos cocos, y un poco de fruto del árbol del pan, pero este último había sido pisoteado y deshecho.

Eran alrededor de las ocho de la noche cuando nos adentramos en el mar con la vela de trinquete rizada, y, tras dividirse la gente en dos guardias y haberse puesto un poco de orden en el bote, dimos gracias a Dios por nuestra milagrosa salvación; y, plenamente confiados en Su graciosa ayuda, me sentí con el ánimo más ligero de lo que había estado en algún tiempo.

Al romper el día aumentó el temporal, y el sol brillaba muy fuerte y rojo, pronóstico seguro de un fuerte ventarrón. A las ocho se levantó una fuerte tormenta, y las olas se hicieron tan altas que, cuando estábamos entre dos de ellas, la vela se encalmaba mientras que, encima de las olas, recibía demasiado viento; pero no podíamos aventurarnos a arriar la vela, porque estábamos en apuros y en inminente peligro, con el agua entrándonos por la popa y obligándonos a achicar con todas nuestras energías. Tal vez pocas veces haya nadie experimentado una situación tan angustiosa.

Teníamos el pan en bolsas, y en peligro de estropearse por la humedad; si no lográbamos evitar que esto sucediera, inevitablemente moriríamos de hambre. Examiné, por lo tanto, la ropa que teníamos en el bote, y de qué otras cosas podíamos prescindir; y, habiendo decidido que cada cual conservaría solamente dos trajes, arrojamos el resto de la ropa por la borda, junto con algunos cables y con las velas de repuesto. Esto aligeró considerablemente el bote, y tuvimos más espacio para achicar el

agua. Afortunadamente, el carpintero tenía en el bote un sólido cofre en el que guardamos el pan a la primera ocasión favorable. También se vació su caja de herramientas, y se guardaron las herramientas en el fondo del bote, con lo que dispusimos de un segundo recipiente.

Serví una cucharada de ron a cada persona (porque estábamos mojados y teníamos frío), así como la cuarta parte de un fruto del árbol del pan, que apenas si estaba comestible a la hora de la comida. Era preciso poner estrictamente en práctica nuestro compromiso, y yo estaba absolutamente decidido a hacer que las provisiones nos duraran ocho semanas, aunque la ración diaria resultara tan escasa.

Serví unos pocos fragmentos deshechos de fruto del árbol del pan para la cena, y rezamos.

La noche resultó serena, y, después de haber descansado tolerablemente, todos parecían sentirse considerablemente mejor la mañana siguiente, y desayunaron, con buen ánimo, unos pocos trozos de ñame que se encontraron en el bote.

Miércoles, 6 de mayo. Nuestra ración para todo el día fue de un cuarto de pinta de leche de coco y de carne en cantidad inferior a dos onzas por persona. Todos recibieron esto alegremente, pero sufríamos mucho por la sed. No me atrevía a aventurarme hacia tierra, porque no teníamos armas, y estábamos en peores condiciones para defendernos que en Tofoa.

Era difícil ir observando el rumbo del bote, porque estábamos constantemente empapados, con el mar rompiendo sobre nosotros; pero a medida que avanzamos hacia tierra el mar se fue poniendo más calmado, y pude sacar un esbozo de las islas, esbozo que servirá para dar una idea general de su extensión y su posición. Las islas a las que nos acercábamos parecían fértiles y montuosas, algunas muy montañosas, y todas ellas tenían una gran altura.

Para alegría nuestra un pez mordió el anzuelo, pero nos quedamos míseramente decepcionados al perderlo cuando tratábamos de subirlo al bote.

Dado que nuestro acomodamiento era pésimo y reducidísimo por falta de espacio, traté de remediar el segundo defecto estableciendo dos turnos de guardia, de modo que

permanentemente la mitad estaban de pie mientras los demás estaban tumbados en el fondo del bote, o sentados en un cofre, con nada más que el cielo para taparles. Teníamos los miembros espantosamente entumecidos, porque no podíamos estirarlos; y las noches eran tan frías, y estábamos tan constantemente empapados, que al cabo de unas pocas horas de sueño apenas si podíamos movernos.

Al amanecer volvimos a descubrir tierra del oeste-sudoeste al oeste-noroeste, y otra isla al norte-noroeste, siendo esta última una masa alta y redonda de poca extensión. Seguía a la vista la tierra, al sur, que habíamos dejado atrás durante la noche. Dado que estábamos empapados y teníamos mucho frío, serví para el desayuno una cucharada de ron y un bocado de pan.

A medida que nos acercábamos, la tierra al oeste iba adquiriendo una gran variedad de formas, con algunas rocas extraordinariamente altas y una agradable sucesión de valles y montañas ocasionalmente cubiertos de bosque. Dirigí mi rumbo entre una isla situada cuatro leguas al nordeste y dos islotes rocosos que se alzaban frente a la costa, pero una corriente de sotavento, totalmente inesperada, nos acercó mucho a los islotes, y solamente pudimos esquivarlos utilizando los remos, y pasando muy cerca del arrecife que los circundaba. Por entonces observamos que dos grandes canoas se nos acercaban velozmente siguiendo la costa, y, como temíamos sus intenciones, remamos con cierta inquietud, plenamente conscientes de nuestra debilidad e indefensión. Desde el mediodía anterior había recorrido 79 millas con rumbo norte 56° , y me encontraba aproximadamente a $16^\circ 29'$ S de latitud y $6^\circ 46'$ de longitud respecto a Tofua, pero no había viento y el cielo estaba cubierto, por lo que mi latitud podría variar en 3 o 4 millas. Dado que estaba constantemente empapado, no era sino con la mayor dificultad que podía abrir un cuaderno para escribir, y me doy cuenta de que mis observaciones solamente pueden servir para indicar dónde se encuentran esas tierras y dar una cierta idea de su extensión.

Durante toda la tarde tuvimos vientos leves del norte-noroeste; el tiempo estaba muy lluvioso, y había truenos y relámpagos. Solamente una de las canoas acertó distancias con nosotros. Dejó de darnos caza hacia las tres, cuando no estaba a más de dos millas de

distancia.

A juzgar por la forma de navegar de esas embarcaciones, son de construcción similar a las de las Islas de los Amigos, y, por la cercanía de su situación, hay motivos para pensar que se trata de la misma clase de gente. Ha de permanecer en la duda el si aquellas canoas tenían intenciones hostiles. Tal vez nos hubiera beneficiado el tener trato con ellos, pero en nuestra situación de indefensión hacer el experimento hubiera sido arriesgar demasiado.

Imagino que esas deben ser las islas llamadas Fidji, ya que su extensión, orientación y distancia de las Islas de los Amigos responden a la descripción que de ellas dan los habitantes de estas últimas. Llovió copiosamente a las cuatro, y cada cual hizo lo posible para recoger un poco de agua. Aumentamos nuestra provisión a treinta y cuatro galones, además de haber saciado nuestra sed por primera vez desde que navegábamos; pero una circunstancia concomitante nos hizo pasar la noche muy desdichadamente, ya que, estando calados hasta los huesos y no teniendo nada seco ni para cambiarnos ni para taparnos, padecemos un frío y unos estremecimientos difíciles de imaginar. Para gran suerte nuestra, la mañana siguiente resultó buena, y nos desnudamos y secamos nuestras ropas. La ración que he dado hoy ha consistido en una onza y media de tocino, una cucharada de ron, media pinta de leche de coco y una onza de pan. El ron, aun teniéndolo en tan poca cantidad, ha sido utilísimo. Habitualmente teníamos una caña de pescar sujeta en la popa del bote, pero, si bien vimos muchísimos peces, no pudimos capturar ninguno.

Por la tarde limpiamos el bote, y nos llevó hasta el crepúsculo el tenerlo todo seco y ordenado. Hasta entonces yo había distribuido las raciones a ojo, pero entonces hice unas balanzas con dos cáscaras de coco; y como, accidentalmente, teníamos en el bote algunas balas de pistola, veinticinco de las cuales pesaban una libra, o dieciséis onzas, decidí que una de ellas daría la proporción de pan que cada cual recibiría cuando lo sirviera. Entretuve también a mi tripulación describiéndoles la situación en Nueva Guinea y en Nueva Holanda, y les proporcioné toda la información de que disponía con objeto de que si me ocurría algún accidente los supervivientes pudieran tener alguna idea de por dónde andaban y pudieran orientarse hasta Tímor, sitio del que por entonces no

conocían nada más que el nombre, y algunos ni siquiera eso. Por la noche serví para cenar un cuarto de pinta de agua y una onza de pan.

Sábado, 9. Por la mañana se sirvió como desayuno un cuarto de pinta de leche de coco y algo del pan en mal estado; y para la comida dividí la pulpa de cuatro cocos y la serví con lo que quedaba del pan podrido, el cual solamente podía ser comido por gente que estuviera en aquel extremo de necesidad.

Por la tarde puse un par de obenques en cada mástil, ingenié una protección de encerado de lona alrededor del bote, y elevé las bordas clavando en ellas los bancos de popa, cosa que demostró sernos muy beneficiosa.

El viento había sido moderado durante todo el día, soplando por la cuarta sudeste, y el tiempo bueno, pero hacia las nueve de la noche empezaron a aglomerarse las nubes, y cayó una prodigiosa cantidad de lluvia, con muchos truenos y relámpagos. Hacia medianoche habíamos conseguido unos veinte galones de agua. Como estábamos lamentablemente empapados y teníamos mucho frío, serví a cada cual una cucharada de ron, para que pudieran soportar su desdichada situación. El tiempo siguió extremadamente malo, y arreció el viento. Pasamos una noche muy mala, sin más sueño que el que se podía tener bajo aquella lluvia. El día no trajo consigo otro alivio que la luz. El mar rompía sobre nosotros de tal modo que dos hombres estaban achicando permanentemente; y no teníamos elección en cuanto a cómo timonear, ya que nos veíamos obligados a aproar las olas por miedo a que se inundara el bote.

La ración que por entonces se servía regularmente a cada cual consistía en una vigésimo quinta parte de libra de pan y un cuarto de pinta de agua, a las ocho de la mañana, a mediodía y al anochecer. Hoy he dado alrededor de media onza de tocino para comer, cantidad que, si bien cualquier persona austera la consideraría un simple bocado, se dividía entre tres o cuatro.

Ha seguido soplando un fuerte viento del sur-sudeste al sudeste, con tiempo muy borrascoso y olas muy altas rompiendo sobre nosotros, de manera que hemos seguido míseramente empapados, sufriendo mucho frío durante la noche.

Lunes, 11 de mayo. Por la mañana, al romper el día, serví a cada hombre una cucharada de ron, ya que teníamos los miembros tan entumecidos que apenas si podíamos moverlos. Nuestra situación era extremadamente peligrosa, con las olas entrándonos a menudo por la popa, cosa que nos obligó a achicar con todas nuestras fuerzas.

Por la tarde llovió fuertemente, y de nuevo conocimos una noche espantosa. Por fin llegó el día, y su luz me mostró a un misero grupo de seres acosados por las necesidades y sin nada para aliviarles. Algunos se quejaban de fuertes dolores en las entrañas, y todos de haber perdido casi enteramente el uso de las piernas. El poco sueño que habíamos tenido no había sido en absoluto reparador, porque estábamos calados hasta los huesos de agua de mar y de lluvia. Serví una cucharada de ron al amanecer, y la ración usual de pan y agua para el desayuno, la comida y la cena.

Hacia mediodía casi no había viento, no se veía el sol, y algunos de nosotros temblábamos de frío. Rumbo oeste-noroeste desde ayer, distancia ochenta y nueve millas; latitud estimada, 14° 33' sur; longitud, por observación, 13° 9' oeste. La dirección de nuestro rumbo pasaría por el norte de las Nuevas Hébridas.

Siguió el tiempo húmedo, y por la tarde se levantó un viento del sur que soplaba en rachas frías. Dado que no había ninguna perspectiva de que pudiéramos secarnos la ropa, aconsejé a todo el mundo que se desnudaran y escurrieran el agua salada de la ropa, con lo cual consiguieron una confortación que no podían conseguir mientras llovía.

Aquella tarde vimos en el agua una clase de fruta que, según me dijo Nelson, era la «barringtonia» de Forster; y, como volví a ver lo mismo la mañana siguiente, así como algunos rabihorcados, me vi llevado a pensar que no estábamos lejos de alguna tierra.

Seguíamos surcando el mar, y achicando, y pasamos la noche empapados y con mucho frío; pero no pude permitirme el conceder ninguna ración de ron al romper el día.

Domingo, 17 de mayo. Al amanecer me encontré con que todo el mundo se lamentaba; algunos pidieron raciones extraordinarias, cosa que denegué tajantemente. Nuestra situación era mísera: estábamos constantemente empapados y sufríamos un frío

extremado por la noche, sin nada que nos protegiera de la intemperie. El vernos obligados a achicar constantemente para evitar que el bote se inundara quizá no había que considerarlo un mal, ya que nos obligaba a hacer ejercicio.

El poco ron que teníamos era utilísimo. Cuando la noche resultaba particularmente penosa, servía generalmente una cucharada o dos por hombre, y recibían con albricias la nueva de mis intenciones.

Hacia mediodía estuvo a punto de caernos encima una tromba. Di una onza de tocino, adicional a la ración de pan y agua; pero antes de que empezáramos a comer todos se desnudaron, y, habiendo escurrido de la ropa el agua salada, se sintieron muy calientes y reconfortados. El rumbo, desde ayer a mediodía, es oeste-sudoeste; distancia, cien millas; latitud, por estimación, 14° 11' sur, y longitud por observación 21° 3' oeste.

La noche ha sido oscura y triste, con el mar rompiendo constantemente sobre nosotros, y sin otra cosa que el viento y las olas para guiar nuestro timonaje. Yo tenía la intención, si era posible, de dirigirme hacia Nueva Holanda, hacia el sur de los estrechos de Endeavour, pues tenía conciencia de que era necesario mantener una situación tal que se pudiera considerar favorable el viento del sur, de manera que pudiéramos pasar junto a los arrecifes hasta encontrar una abertura hacia agua calmada y pudiéramos cuanto antes conseguir nuevas provisiones.

Lunes, 18. Por la mañana ha cesado la lluvia. Nos hemos desnudado y hemos escurrido el agua de mar de nuestra ropa como de costumbre, cosa que nos ha hecho sentir mucho mejor. Todo el mundo se queja de violentos dolores en los huesos, y lo único que me sorprende es que nadie todavía haya enfermado. Se ha servido en el desayuno, la comida y la cena la ración habitual de una vigésimo quinta parte de libra de pan y una cuarto de pinta de agua.

A mediodía he deducido que mi situación, por estimación, ya que no teníamos ningún atisbo del sol, era de 14° 52' de latitud sur; rumbo, desde ayer por la tarde, oeste-sudoeste, ciento seis millas; longitud, por observación hecha en Tofoa, 22° 45' oeste. He visto muchos *noddies* y pájaros bobos, indicio de que estamos en la

cercanía de alguna tierra. Por la noche hemos tenido abundancia de relámpagos y una densa lluvia, y nos hemos visto obligados a achicar sin interrupción.

Miércoles, 20. Brisas frescas del este-nordeste, con lluvia constante; por momentos, un auténtico diluvio. Achicando constantemente.

Al amanecer, algunos de mis hombres parecían medio muertos. Teníamos un aspecto espantoso, y no podía mirar hacia ningún lado sin ver a alguien en pésimo estado. Un hambre extremada resultaba demasiado evidente, aunque ninguno de nosotros sufría de sed ni sentía demasiadas ganas de beber; tal vez este deseo se viera satisfecho a través de la piel. Lo poco que dormimos fue envueltos en agua, y nos despertábamos constantemente con fuertes calambres y con dolor de huesos. Por la mañana serví un par de cucharadas de ron a cada cual, y la ración habitual de pan y agua. A mediodía hizo su aparición el sol, reanimando a todo el mundo.

Durante toda la tarde estuvimos tan cubiertos de agua de lluvia y agua salada que apenas si podíamos ver. Pasamos un frío extremado, y todos temían la llegada de la noche. El sueño, pese a que lo anhelábamos, no trajo confortación; en lo que a mí se refiere, estoy viviendo casi sin dormir. Hacia las dos de la madrugada nos cayó encima una lluvia diluvial. Cayó con tanta densidad que temí que inundara el bote, y nos vimos obligados a achicar con todas nuestras fuerzas. Al amanecer he servido una ración de ron mayor. Hacia mediodía ha cesado la lluvia y ha brillado el sol, pero nos sentíamos míseramente fríos y mojados, con el mar rompiendo constantemente sobre nosotros de tal modo que, a pesar de la abundante lluvia, no hemos podido aumentar nuestra reserva de agua dulce. Latitud, por observación, 14° 29' sur, y longitud sacada por estimación respecto a Tofoa, 27° 25' oeste; rumbo, desde ayer a mediodía, norte 78° oeste, noventa y nueve millas. Me considero situado más o menos en línea meridiana por la parte este de Nueva Guinea.

Viernes, 22 de mayo. Violentos ventarrones del este-sudeste al sur-sudeste, mar borrascoso, y noche oscura y triste.

Viernes, 22 de mayo. Nuestra situación ha sido en el curso del día extremadamente calamitosa. Nos vimos obligados a tomar el rumbo según el mar, aproando frontalmente las olas y prestando la máxima atención, ya que el menor error de timón hubiera significado nuestra aniquilación instantánea.

A mediodía soplaban un fuerte viento, y la espuma del mar nos entraba por la popa y por las bordas. Sin embargo, me he puesto en pie y he hecho la observación de la latitud: 14° 17' sur; rumbo, norte 85° oeste; distancia, ciento treinta millas; longitud estimada, 29° 38' oeste.

Nuestros sufrimientos de esta noche han superado a los de la precedente. Las olas nos entraban con gran fuerza, y nos tuvieron achicando con horror y ansiedad. Al amanecer me encontré con que todos estaban en pésima situación, y empecé a temer que otra noche igual pudiera acabar con la vida de varios que ya no parecían capaces de seguir soportando sus padecimientos. Serví una ración de dos cucharadas de ron; después de beberlas, y de escurrir la ropa y tomar el desayuno de pan y agua, nos sentimos algo mejor.

Hacia mediodía se despejó el tiempo, pero con muy poca disminución del viento y con las olas igual de altas. Con alguna dificultad observé que la latitud era 13° 44' sur; rumbo, desde ayer a mediodía, norte 74° oeste; distancia, ciento dieciséis millas; longitud estimada, 31° 32' oeste basándome en Tofoa.

El viento amainó un tanto por la tarde, y el tiempo tenía mucho mejor aspecto, cosa que regocijó a todos los hombres, así que comieron sus diminutas raciones con mayor satisfacción de como lo habían hecho desde hacía mucho. También la noche fue buena, pero, como seguíamos mojados de agua salada, sufrimos mucho por el frío. Tuve la satisfacción de ver que una hermosa mañana alegró muchas caras, y, por primera vez en quince días, experimentamos la confortación del calor del sol. Nos desnudamos y pusimos la ropa a secar; estaba ya tan gastada que no podía proteger ni de la humedad ni del frío.

A mediodía observé una latitud de 13° 33' sur; longitud, por estimación respecto a Tofoa, 33° 28' oeste; rumbo, norte 84° oeste; distancia, ciento catorce millas. Junto con la ración habitual de pan y agua, serví para la comida una onza de tocino por persona. Esta tarde hemos tenido alrededor nuestro muchos pájaros que jamás se

ven lejos de tierra, entre ellos pájaros bobos y *noddies*.

Como el mar empezó a mejorar y nos entraba ya poca agua, aproveché la oportunidad para examinar el estado de nuestro pan, y descubrí que, con las raciones actuales, había cantidad suficiente para veintinueve días, tiempo en el que esperaba haber alcanzado Tímor. Pero como esto era muy inseguro, y era posible que, después de todo, nos viéramos obligados a dirigirnos a Java, decidí fijar las raciones de tal manera que nuestras provisiones nos duraran seis semanas. Tenía el temor de que esta medida fuera mal recibida y fuera necesaria toda mi resolución para imponerla, ya que, por pequeña que fuera la cantidad que me proponía restar de las raciones para nuestro bien futuro, a mis hombres podía parecerles que les estaba robando la vida misma; y me esperaba que algunos, que eran menos pacientes que sus compañeros, se resistieran de mala manera. Sin embargo, cuando les hice ver la necesidad de precavernos ante los retrasos que podrían causarnos en nuestro viaje los vientos contrarios u otras causas, y les prometí aumentar las raciones a medida que avanzáramos, aceptaron de buena gana mi propuesta. Se acordó, en consecuencia, que cada cual recibiría una vigésimo quinta parte de libra de pan para el desayuno, y la misma cantidad para la comida; con esto, omitiendo la porción de la cena, teníamos reservas para cuarenta y tres días.

Lunes, 25 de mayo. A mediodía algunos *noddies* se nos acercaron tanto que pudimos atrapar a mano uno de ellos. Ese pájaro tenía más o menos el tamaño de una paloma pequeña. Lo dividí, incluyendo las entrañas, en dieciocho porciones, y fue distribuido por el medio, bien conocido en el mar, de «¿a quién le toca esto?»^[4], junto con la ración de pan y de agua de la comida; y nos lo comimos con huesos y todo, con agua salada a modo de salsa. Observé la latitud de 13° 32' sur; longitud estimada, 35° 19' oeste; rumbo norte 89° oeste; distancia, ciento ocho millas.

Por la tarde, varios pájaros bobos volaron hasta muy cerca de nosotros, y tuvimos la fortuna de atrapar a uno. Este ave es tan grande como un pato. Igual que el *noddie*, ha sido bautizado de este modo por los marineros porque permite que le capturen en los mástiles y las vergas de los buques^[5]. Entre todas las aves marinas que conocemos, son las que constituyen indicios más sólidos de la

cercanía de la tierra. Ordené que se matara al ave para la cena, y que se diera la sangre a los tres hombres que peor estaban por falta de alimento. Dividí el cuerpo, incluyendo las entrañas, el pico y las patas, en dieciocho partes, y, junto con una ración de pan que accedí otorgar, tuvimos una buena cena, comparada con las usuales.

Martes, 26 de mayo. Brisas frescas del sudeste, con buen tiempo. Por la mañana atrapamos otro pájaro bobo, de manera que parece como si la Providencia estuviera aliviando nuestras necesidades de un modo extraordinario. Hacia mediodía pasamos junto a varios fragmentos de ramas de árbol, algunos de los cuales parecía que no habían estado mucho tiempo en el agua.

Saqué una buena observación de la latitud, y vi que nuestra posición era de 13° 41' sur; longitud, por estimación respecto a Tofoa, 37° 13' oeste; rumbo sur 85° oeste, ciento doce millas. Los hombres estaban desbordantes de alegría por aquel aumento de la comida, que fue distribuido del mismo modo que la noche anterior; y se dio la sangre a los que sufrían más por falta de alimento.

Para hacer el pan mínimamente sabroso, la mayoría de los hombres lo mojaban frecuentemente en agua salada; pero yo, generalmente, rompía mi parte en pequeños fragmentos y me la comía mezclada con mi ración de agua, en una cáscara de coco, evitando, ahorrativamente, el tomar un fragmento demasiado grande de golpe; de este modo, la ración me duraba tanto como si se hubiera tratado de una comida mucho más copiosa.

El tiempo era sereno, cosa que, sin embargo, no carecía de sus inconvenientes, ya que empezamos a sufrir males de especie distinta a aquellos que últimamente solíamos padecer. El calor del sol era tan fuerte que varios de los hombres entraron en un estado de languidez y debilidad en el cual la vida les era indiferente. Tuvimos la suerte de capturar a dos pájaros bobos por la noche. Sus estómagos contenían varios peces voladores y pequeños pulpos, que reservé para que se dividieran para la comida del día siguiente.

Miércoles, 27 de mayo. Brisa fresca del este-sudeste, con buen tiempo. Pasamos junto a mucha madera flotante esta mañana, y vimos muchos pájaros; no titubeé, por lo tanto, en dictaminar que

estábamos cerca de los arrecifes de Nueva Holanda. En base a mis recuerdos de la exploración de aquella costa por el capitán Cook, estimé que la dirección era noroeste, y, por lo tanto, me convencí de que, con viento este y del sur, me mantendría libre de peligros.

A mediodía observé una latitud de 13° 26' sur; rumbo, desde ayer, norte 82° oeste; distancia, ciento nueve millas; longitud estimada, 39° 4' oeste. Después de anotar los datos, dividí las dos aves, con las entrañas y el contenido de sus buches, en dieciocho porciones, y, como el botín era valiosísimo, fue repartido como en ocasiones anteriores por el sistema de «¿a quién le toca esto?». De este modo, hoy, con la ración de una vigésimo quinta parte de libra de pan en el desayuno y otro tanto en la comida, junto con la ración de agua, he tenido la alegría de ver que todo el mundo creía haberse dado un banquete.

Al anoecer vimos un alcatraz, y las nubes permanecieron tan fijas en el oeste que pocas dudas me quedaron de que estábamos cerca de tierra. La gente, después de tomar su ración de agua para la comida, se entretuvo conversando acerca de las posibilidades de lo que íbamos a encontrar.

Jueves, 28 de mayo. A la una de la madrugada, el hombre al timón oyó sonido de rompientes, y apenas alcé la cabeza las vi cerca, a sotavento, a no más de un cuarto de milla de distancia de nosotros. Inmediatamente saqué provecho de un viento del nortenoeste, y a los diez minutos ya no las veíamos ni oíamos.

He mencionado ya mis motivos para dirigirme hacia Nueva Holanda yendo tan lejos hacia el sur: ni por un momento dudé de que había numerosas aberturas en los arrecifes, a través de las cuales podría llegar a la costa; y, sabiendo que la inclinación de la costa era norte-oeste, y que el viento soplaba sobre todo del sur hacia el este, pensaba que podría fácilmente seguir la barrera de arrecifes hasta encontrar un paso a través de ella, cosa que se estaba convirtiendo en absolutamente necesaria de conseguir sin perder ni un momento. La perspectiva de entrar en agua tranquila y de encontrar provisiones animaba a mis hombres. Tuvieron una gran alegría cuando nos liberamos de los arrecifes, a los que nos habíamos acercado mucho más de lo que yo consideraba posible sin antes percibirlos.

Por la mañana, a la luz del día, no vimos ni tierra ni arrecifes. Viramos de borda, y a las nueve vimos los arrecifes. Las olas batían furiosamente por todas partes, y apenas habíamos llegado allí cuando el viento cambió al este, de modo que no pudimos hacer otra cosa que mantenernos en línea con los arrecifes; vimos, entre ellos, un agua tan tranquila que cada cual se anticipaba a la profunda satisfacción que sentiría en cuanto los hubiéramos cruzado. Descubrí entonces que estábamos atrapados, ya que no podíamos alejarnos valiéndonos de las velas, porque teníamos el viento detrás; y las olas hacia los arrecifes eran tan fuertes que nuestra situación se estaba haciendo poco segura. Poco podíamos conseguir con los remos, ya que apenas si teníamos fuerza para moverlos, y empecé a temer que nos viéramos obligados a tratar de cruzar por allí los arrecifes. No desesperaba de conseguir esto último con éxito, pero felizmente descubrí una brecha en los arrecifes, a cosa de una milla de donde estábamos, y, al mismo tiempo, una isla de altura moderada al otro lado, más o menos en la misma dirección, oeste 1/2 norte. Entré en aquel paso con una fuerte corriente en dirección oeste, y descubrí que tenía una anchura de cosa de un cuarto de milla y que todas las apariencias eran de agua profunda. Dimos gracias a Dios por su graciosa protección, y comimos, muy satisfechos, nuestra mísera ración de una vigésimo quinta parte de libra de pan y un cuarto de pinta de agua.

A medida que avanzábamos dentro de los arrecifes, la costa se nos iba mostrando cada vez más distintamente. Era una combinación de tierra altas y bajas, con algunas partes cubiertas de bosque. Yendo hacia la orilla, llegamos al extremo de un arrecife que está conectado con esta y penetra en el mar; allí echamos el rezón y tratamos de capturar peces, pero sin ningún éxito. La isla *Direction* estaba entonces a tres o cuatro millas al sur. Había dos islas a unas cuatro millas, hacia el oeste-noroeste, y ambas parecían adecuadas como lugares de descanso, si no para otra cosa. Pero cuando nos acercamos a la isla más próxima, resultó ser solamente un montón de piedras, y su tamaño era demasiado insignificante para abrigar el bote. Seguimos, por lo tanto, hasta la siguiente, que estaba cerca de la primera en dirección a tierra firme. En el lado noroeste de esta segunda isla encontramos una cala y un excelente punto arenoso donde desembarcar. Nos encontrábamos a cosa de un cuarto de milla de una parte saliente de la tierra, orientada hacia el sur-suroeste, hacia el norte-noroeste $3/4$ oeste. Desembarcamos para examinar si había indicios de que hubiera nativos por allí cerca. Vimos viejos restos de hogueras, pero nada que me hiciera temer que aquel sitio fuera inseguro para pasar la noche. Todos estaban impacientes por encontrar algo que comer, y pronto se descubrió que había ostras en las rocas, ya que la marea estaba baja. Pero era casi de noche, y solamente pudieron reunirse unas

pocas. Decidí, por lo tanto, esperar hasta la mañana, porque entonces sabríamos mejor hacia dónde seguir, y dispuse que la mitad de nosotros durmiera en tierra y la otra mitad en el bote. De buena gana hubiéramos hecho un fuego, pero como no podíamos encenderlo nos echamos a dormir, y la noche fue, afortunadamente, tranquila y sin incidentes.

Viernes, 29. El amanecer nos aportó más energías y ánimos de lo que esperábamos, ya que, si bien todos estaban muy débiles, parecían tener fuerzas suficientes para hacerme concebir las más favorables esperanzas en cuanto a que podríamos superar las dificultades con las que todavía podíamos topar.

Dado que no había ningún indicio que me hiciera pensar que hubiera nativos cerca de nosotros, envié grupos en busca de abastecimientos; mientras, otros hombres ponían el bote en orden para que pudiéramos hacernos a la mar en el caso de que algún motivo imprevisto lo hiciera necesario. Una de las hembras del timón se había salido en el curso de la noche, y se había perdido. Si esto hubiera ocurrido en el mar, hubiera tenido consecuencias sumamente serias, ya que el gobierno del bote no hubiera podido ser llevado a cabo tan finamente como lo requerían aquellos mares borrascosos. Yo había temido aquel incidente, y en alguna medida estaba preparado para él: había hecho fijar estrobos en cada cuarta del bote, para los remos; pero probablemente ni siquiera la mayor presteza en su utilización hubiera podido salvarnos. Parece, pues, una circunstancia providencial el que aquello nos ocurriera cuando estábamos en un sitio seguro y podíamos remediar el defecto, puesto que, para nuestra gran suerte, encontramos en el bote una cibica^[6] de buen tamaño que podía servir para el caso.

Los grupos volvieron muy contentos, porque habían encontrado gran cantidad de ostras y agua dulce. Pude encender un fuego con la ayuda de una pequeña lupa; y, circunstancia todavía más afortunada, encontramos, entre las cosas que habían sido arrojadas al bote y que no se habían perdido, un trozo de azufre y un yesquero que me garantizaban el fuego para el futuro.

Uno de los hombres había sido tan previsor como para llevarse consigo, del buque, un bote de cobre. Gracias a la posesión de este objeto pudimos utilizar adecuadamente los víveres que acabábamos

de obtener, ya que, con una mezcla de pan y un poco de tocino, hicimos un guiso que hubiera satisfecho a gente de apetito mucho más delicado que el nuestro, y del que cada cual recibió una pinta entera.

Las quejas de salud más generales entre nosotros se referían a vértigos, gran debilidad en las articulaciones y violentos tenesmos^[7], no habiendo muchos de nosotros efectuado evacuaciones fecales desde que habíamos abandonado el buque. Yo mismo sufría constantemente de un fuerte dolor de estómago. Pero ninguna de nuestras quejas era alarmante. Al contrario: cada cual conservaba restos de fuerza que, con una mente provista de una porción aceptable de energía, parecía capaz de poder afrontar más fatigas de las que imaginé que habríamos de soportar en el curso de nuestro viaje a Tímor.

Como yo no quería permitir que la gente se expusiera al calor del sol, y era casi mediodía, cada cual ocupó el sitio que le correspondía en el suelo, a la sombra de unos arbustos, para echar un breve sueño.

Las ostras que encontrábamos estaban tan pegadas a las rocas que resultaba difícil arrancarlas de ellas, y finalmente descubrimos que el sistema más expeditivo de abrirlas consistía en abrirlas allí donde estaban fijadas. Eran grandes y tenían buen sabor. Añadiéndose a esta feliz circunstancia, en la parte cóncava de la isla crecía una densa hierba que indicaba humedad. Hincando en el suelo un palo de unos tres pies de largo, encontramos agua, y con poco trabajo abrimos un pozo que nos dio toda la que requerían nuestras necesidades. Era una agua muy buena, pero no pude averiguar si había o no un manantial. No tuvimos que ahondar el pozo, porque se llenaba en cuanto lo vaciábamos; y, dado que la tierra era aparentemente demasiado suelta para retener el agua de la lluvia, es probable que haya un manantial. En el lado sur de la isla encontramos también un riachuelo de agua potable.

Además de los restos de hogueras, había otros signos de que los nativos visitaban de vez en cuando aquella isla. Vi dos chozas, o *wigwams*, mal construidas, con un solo lado cubierto, y aun sueltamente; y encontramos un palo al que habían sacado punta, de unos tres pies de largo, con una ranura para lanzar piedras en su extremo los que utilizan los nativos de la Tierra de Van Diemen.

Era muy perceptible la huella de un animal, y Nelson coincidió conmigo en que se trataba del canguro; pero no puedo decir si estos animales nadan hasta allí desde otras tierras o son llevados allí por los nativos como ganado de cría. Esto último no es improbable, ya que pueden ser capturados con menor dificultad en un sitio de extensión limitada como aquel que no en el continente.

La isla tiene un perímetro de alrededor de una legua. Es un elevado amontonamiento de rocas y piedras cubiertas de bosque, pero los árboles son pequeños porque el suelo, que es arenoso y de muy mala calidad, apenas si puede engendrarlos. Los árboles que conocíamos eran el manzanillo y una especie de *purow*, había también algunas palmeras, cuyos brotes superiores cortamos; la parte blanda de su corazón era tan apetitosa que significó un buen añadido a nuestra comida. Nelson descubrió algunos rizomas que, pensé yo, podían muy bien ser utilizados, si se los cocía bien, como sucedáneos de pan; pero en esto estaba equivocado. Eran, sin embargo, muy útiles, en su estado natural, para aliviar la sed, y por este motivo ordené que se recogiera una cierta cantidad de ellos y se llevaran al bote. Encontramos cerca de la orilla muchos trozos de cáscaras y restos de cocos, pero no encontramos cocoteros, ni vi ninguno en tierra firme.

Había advertido a mis hombres que no tocaran ninguna clase de baya o fruta que pudieran encontrar; sin embargo, apenas estuvieron fuera de mi vista se pusieron a tomarse toda clase de libertades con tres clases de bayas distintas que crecían en toda la isla, comiéndoselas sin reservas. Finalmente, los síntomas de haber comido demasiado de aquello asustaron a algunos; pero cuando preguntaron a otros que habían ingerido cantidades más moderadas se tranquilizaron un poco. Los otros, sin embargo, se alarmaron a su vez, temiendo que aquellos síntomas se les manifestaran y estar todos ellos envenenados, de manera que se observaron unos a otros con fortísimos indicios de miedo, sin saber en qué acabaría su imprudencia. Afortunadamente, aquellos frutos resultaron saludables y buenos. Una especie era como una uva pequeña y delicada. Tenía el tamaño de una uva crespada de buen tamaño, y era muy parecida a ella en su pulpa, pero solo tenía un gusto dulce; su piel era rojo pálido con rayas amarillas de punta a punta. Era de gusto grato. Otra especie crecía en unos arbustos parecidos a los

que en las Indias Occidentales se llaman «vides de playa»; pero su fruto era muy distinto, parecido a las bayas de saúco, y crecía como estas en racimos. La tercera especie era una baya negra; de esta no había tanta abundancia como de las otras, y se parecía a una baya de endrino grande, tanto en tamaño como en sabor. Cuando vi que los pájaros comían aquellas bayas, dejé de dudar sobre su carácter saludable, y como no se apreciaron efectos negativos en los que ya las habían comido fue seguro que podíamos comerlas sin peligro.

En la cima de la isla había zuritos, loros y otras aves, pero como no teníamos armas de fuego nada podíamos esperar por aquel lado, a menos que diéramos con algún sitio no frecuentado por humanos donde las aves fueran tan mansas que pudiéramos capturarlas a mano.

La costa de esa isla es muy rocosa, salvo el punto donde desembarcamos, en el que recogí muchos fragmentos de piedra pómez. En la parte de tierra firme más cercana a nosotros había varias calas arenosas que, en marea baja, se convertían en extensas plataformas rocosas. La tierra tenía un aspecto más bien estéril, salvo en unos pocos puntos en que estaba cubierta de bosque. Unas pocas millas al suroeste había una notable línea de rocas, y una colina alta y puntiaguda parecía ser el límite de la costa hacia el mar, con islas en el sur. Un cabo alto y hermoso mostraba la orientación de la costa hacia el noroeste; se encontraba a unas siete leguas, y había dos pequeñas islas a tres o cuatro leguas al noroeste de allí donde nosotros estábamos.

Vi unas cuantas abejas o avispa y bastantes lagartos; y los arbustos de bayas estaban llenos de hormigueros, tejidos como telarañas pero tan prietos y compactos como para que la lluvia no traspasara. En la playa había un tronco de árbol de unos cincuenta pies de largo, de lo que concluí que, con viento del norte, vienen hacia aquí fuertes olas borrascosas.

Siendo ese día el aniversario de la restauración del rey Carlos II

, y no siendo el nombre inaplicable a nuestra situación del momento (ya que estábamos restaurados con nueva vida y nuevas fuerzas), bauticé la isla con el nombre de Isla de la Restauración, ya que consideré probable que el capitán Cook no la hubiera observado. Los otros nombres que he supuesto haber dado a las distintas partes

de la costa pretenden solamente mostrar más claramente mi ruta.

A mediodía observé que la latitud de la isla era 12° 39' sur. Nuestro rumbo había sido norte 66° oeste. Distancia de dieciocho millas desde ayer al mediodía. El viento era del este-sudeste, y el tiempo excelente.

Por la tarde envié de nuevo grupos a recoger ostras, con las cuales y con algo de la parte interior de los brotes superiores de las palmeras hicimos otro buen caldo para la cena, recibiendo cada cual una pinta y media; pero no di pan en esta comida, porque consideré que nuestras necesidades podían ser muy grandes, y estaba decidido a preservar nuestro principal elemento de sustento siempre que ello estuviera en mis manos, .después de la cena volvimos a dividirnos, y los que estaban en tierra durmieron junto a un buen fuego.

Sábado, 30 de mayo. Por la mañana descubrí una visible modificación favorable entre nosotros, y les envié a recoger ostras. Nos quedaban solamente dos libras de tocino. Este artículo, que no podía guardar bajo llave como hacía con el pan, había sido objeto de hurtos por parte de alguna persona desconsiderada; pero todo el mundo negó saber nada del asunto. Decidí, por lo tanto, ponerlo en adelante fuera de su alcance, repartiendo para la comida todo lo que quedaba. Mientras un grupo recogía ostras, preparé el bote para la mar, y llené de agua nuestros recipientes, que sumaban cerca de sesenta galones.

Cuando volvió el grupo se preparó rápidamente la comida, que fue abundante como la cena de la noche precedente; y di con el tocino una ración de pan. Como todavía no era mediodía, envié una vez más a la gente a recoger ostras como reserva para alta mar, recomendándoles que fueran lo más diligentes posible, porque estaba decidido a hacerme a la mar por la tarde.

Cuando estábamos ya preparados para el mar, hice que cada cual atendiera a las oraciones. A las cuatro nos disponíamos a embarcar cuando unos veinte nativos aparecieron, corriendo y gritándonos, en la orilla opuesta. Todos ellos iban armados con lanzas o venablos, y con un arma corta que llevaban en la mano izquierda. Nos hicieron señas de que fuéramos hacia ellos. En las cimas de las colinas vimos asomar las cabezas de muchos más. No

puedo decir si eran las mujeres y los niños, o si eran otros que esperaban a que desembarcáramos sin querer mostrarse para no intimidarnos; pero como vi que habían descubierto nuestra presencia en la costa, consideré prudente partir lo más aprisa posible, por miedo a que nos persiguieran con canoas, pese a que, en base a los informes del capitán Cook, lo probable era que hubiera muy pocos habitantes, si es que los había en número mínimamente relevante, en ninguna parte de aquella costa. Pasé lo más cerca que pude, sin correr riesgos, de aquella gente. Iban desnudos, y aparentemente eran negros y tenían el cabello tupido y crespo.

Domingo, 31 de mayo. Al romper el día me sorprendió sobremedida ver el aspecto de la tierra enteramente cambiado, como si en el curso de la noche hubiéramos sido transportados a otra parte del mundo; porque ahora teníamos a la vista una costa baja y arenosa, con muy poca vegetación ni nada que indicara que fuera habitable en absoluto par un ser humano, salvo unos pocos grupos de arbolillos o matorrales.

Se veían muchas islas pequeñas hacia el nordeste, a cosa de seis leguas. La parte este de la isla principal se alargaba hacia el norte cuatro millas, y el Cabo Hermoso^[8] estaba a cinco o seis leguas al sur-sudeste. Tomé el canal entre la isla más cercana y la tierra firme, que estaban a cosa de una milla la una de la otra, dejando todas las islas a estribor. Algunas de ellas eran sitios muy bonitos, estaban cubiertas de bosques y bien situadas para la pesca. Teníamos a nuestro alrededor grandes bancos de peces, pero no pudimos capturar a ningún pez. Al pasar por aquel estrecho vimos otro grupo de indios, siete en total, corriendo hacia nosotros, aullando y haciéndonos señas de que desembarcáramos. Algunos agitaban ramas verdes de los arbustos que tenían cerca como signo de amistad, pero otros movimientos suyos eran menos amistosos. Un poco más adelante vimos otro grupo más nutrido, que también vino hacia nosotros. Decidí, por lo tanto, no desembarcar, pese a que me hubiera gustado mucho hacer algunos trueques con aquella gente. Pero tenía mi bote cerca de las rocas, les hacía señas de que se acercaran, y ninguno de ellos lo hizo a menos de doscientas yardas de nosotros. Iban armados del mismo modo que la gente que

habíamos visto desde la Isla de la Restauración. Iban completamente desnudos, eran negros, tenían el cabello crespo, enmarañado y lanudo, y eran similares a ellos en todos los sentidos. Había una isla al norte 1/2 oeste, a cuatro millas de nosotros, y decidí desembarcar en ella para desde allí echarle un vistazo a la costa. Llegamos a esa isla hacia las ocho de la mañana. La costa era rocosa, pero el agua era tranquila, y desembarcamos sin dificultad. Envié dos grupos, uno hacia el norte y otro hacia el sur, en busca de provisiones, y ordené a los demás que permanecieran junto al bote. En esta ocasión, el cansancio y la debilidad venció en ellos hasta tal punto el sentido del deber que algunos de los hombres manifestaron su descontento por tener que trabajar más duramente que sus compañeros, y manifestaron que preferían quedarse sin comer antes que ir en busca de comida. Un individuo, en particular, fue tan lejos como para decirme, con aire rebelde, que él valía tanto como yo. No me era posible juzgar hasta dónde podía llegar aquello sin no lo frenaba a tiempo. En consecuencia, para evitar tal tipo de disputas en el futuro, resolví preservar mi mando o morir en el intento, así que, asiendo un machete, le ordené que tomara él otro y se defendiera; ante lo cual gritó que yo iba a matarle, e inmediatamente hizo concesiones. No permití que aquello siguiera interfiriéndose en la armonía de la tripulación del bote, y al poco rato todo estaba tranquilo.

Los grupos siguieron recogiendo lo que podían encontrar, que eran ostras de calidad y almejas y unas pocas lijas que habían quedado atrapadas en las concavidades de las rocas. Encontramos también algo de agua de lluvia en las cavidades de las rocas de la parte norte de la isla, de manera que tuvimos la suerte de poder quedar de nuevo plenamente abastecidos de este objeto esencial.

Después de disponer el modo de actuar, caminé hasta la parte más alta de la isla para decidir nuestra ruta para la noche. Ante mi sorpresa, no podía verse desde allí más trozo de tierra firme que desde abajo. Se avistaba la parte más al norte, que estaba cubierta de colinas arenosas orientadas hacia el noroeste en una extensión de unas tres leguas. Exceptuando las islas al este-sudeste y al sur que habíamos dejado atrás, solamente pude divisar un pequeño cayo al norte-noroeste. Dado que este cayo estaba considerablemente más lejos de tierra firme que el sitio donde

entonces estábamos, juzgué que sería un sitio de descanso más seguro para la noche, ya que allí podíamos ser objeto de un ataque si los indios tenían canoas, pues indudablemente tenían que haber observado nuestro desembarco. Habiéndome decidido a ello, volví sobre mis pasos después de examinar atentamente la isla en la que estábamos, descubriendo que solo producía unas pocas matas de cierta hierba tosca y que su perímetro no pasaba de las dos millas. En su lado norte, en una cala arenosa, vi una canoa vieja de unos treinta y tres pies de largo, con la quilla hacia arriba y medio enterrada en la arena. Estaba hecha de tres piezas: un fondo entero en el que se habían insertado los costados con el procedimiento común. Tenía una proa afilada y sobresaliente, toscamente labrada a semejanza de una cabeza de pescado. Su anchura máxima era de unos tres pies, e imagino que podía llevar a veinte hombres. El descubrimiento de una canoa tan grande me afianzó en el propósito de buscar un sitio más retirado donde pasar la noche.

A mediodía habían vuelto los dos grupos; pero habían tenido grandes dificultades para recoger ostras, por su fuerte adherencia a las rocas, y las almejas eran escasas. Vi, en consecuencia, que sería de poca utilidad permanecer más tiempo en aquel sitio, porque no podríamos recoger más de lo que comíamos. Llamé a aquella isla Isla del Domingo. Está al noroeste $3/4$ oeste de la Isla de la Restauración; su latitud, según una buena observación, es de $11^{\circ} 58'$ sur.

Teníamos una brisa fresca del sur-sudeste, y buen tiempo. Comimos a las dos de la tarde, y cada cual recibió una pinta y media de ostras y almejas cocidas complementadas por unas pequeñas habichuelas que, según me informó Nelson, eran una especie de judías. Cuando hubimos comido de muy buena gana, y tras completar nuestra provisión de agua, esperé para determinar el momento de la marea alta; constaté que se producía a las tres, y que la marea subía unos cinco pies. De acuerdo con esto, la pleamar y el comienzo del menguante se sitúa a las nueve y diecinueve minutos de la mañana. Observé que la marea procede del sur, pese a que en la Isla de la Restauración había pensado que procedía del norte. Creo que el capitán Cook menciona que encontró mucha irregularidad en las direcciones de la marea en esta costa.

Nos dirigimos al cayo avistado al norte-noroeste, y llegamos a él

justo cuando oscurecía; pero lo encontramos rodeado por un arrecife rocoso, de tal manera que no se podía llegar a tierra sin peligro de desfondar el bote, y por este motivo nos mantuvimos durante la noche con el rezón.

Lunes, 1° de junio. Al amanecer llegamos a la orilla y pusimos el bote al abrigo, porque el viento soplaba fuera con fuerza y, siendo el terreno rocoso, no era seguro confiarlo al rezón, porque el viento podía impulsarlo mar adentro. Me vi, por lo tanto, obligado a dejar que quedara varado en el curso de la marea baja. Por los indicios, esperaba que si permanecíamos hasta la noche podríamos encontrar tortugas, ya que descubrimos huellas recientes de estos animales. Innumerables pájaros *noddy* habían hecho de aquella isla su lugar de descanso, de manera que podíamos albergar esperanzas de conseguir provisiones en mayor abundancia de lo que nos había sido posible hasta entonces. Nos encontrábamos a no menos de cuatro leguas de distancia de la isla principal. Estábamos en el cayo más al noroeste de un grupo de cuatro cayos pequeños, que estaban rodeados por un arrecife de rocas enlazadas por bancos de arena, salvo entre los dos más al norte; y también allí quedaba seco en la marea baja, formando el conjunto una isla-laguna en la que entraba la marea. Mantuve el bote en el punto de entrada de la marea.

Como de costumbre, envié grupos en busca de provisiones, pero, ante nuestra gran decepción, solo pudimos conseguir unas pocas almejas y algunas habichuelas. Con esto y con las ostras que habíamos traído de la Isla del Domingo hice un caldo para la comida, y añadí a la ración una pequeña cantidad de pan.

Hacia mediodía volvieron Nelson y algunos otros que habían ido al cayo situado más al este; pero Nelson estaba tan débil que dos hombres tenían que sostenerle. Se quejaba de un violento dolor en las entrañas, pérdida de visión, mucha sed e incapacidad de andar. Descubrí que esto se debía a que no podía soportar el calor del sol y que, cuando se sintió fatigado y débil, en vez de retirarse a la sombra a descansar, había seguido esforzándose hasta más allá de lo que sus fuerzas podían soportar. Me alegró comprobar que no tenía fiebre, y fue entonces cuando nuestra pequeña cantidad de vino, que yo había preservado cuidadosamente, resultó realmente útil. Le di vino en muy pequeñas cantidades, con trocitos de pan

mojados en él, y no tardó en empezar a recobrase. También el jefe de marinería y el carpintero se encontraban mal, quejándose de dolores de cabeza y náuseas. Otros, que no habían hecho evacuaciones fecales, sintieron fuertes dolores por tenesmos; de modo que éramos pocos los que no teníamos de qué quejarnos. Prevalció la idea de que las náuseas del jefe de marinería y del carpintero están causadas por la ingestión de las habichuelas. Sin embargo, yo mismo y algunos otros que habían tomado el mismo alimento no sentíamos molestias; pero lo cierto es que muchos habían comido muchas habichuelas crudas, y Nelson me informó de que le estaban importunando continuamente, cada vez que encontraban alguna baya, para que les dijera si era comestible; así que no hubiera tenido nada de sorprendente el que varios se hubieran envenenado de verdad.

No disfrutamos de la comida tanto como en la Isla del Domingo, porque habíamos mezclado las habichuelas con el guisado. Las ostras y la sopa, sin embargo, fueron comidas por todo el mundo salvo Nelson, al que alimenté con unos trozos pequeños de pan mojado en un vaso de vino; y siguió mejorando.

Di un paseo alrededor de la isla, y encontré varias cáscaras de coco, los restos de un viejo *wigwam*, y los caparazones de dos tortugas, pero ningún indicio de cuadrúpedos. Uno de los hombres encontró tres huevos de aves marinas.

Como suele ocurrir en esta clase de sitios, el suelo tiene poco más que arena; sin embargo, producía pequeñas palmeras, y otros arbolillos que no conocíamos. En la laguna había peces, pero no pudimos capturar ninguno. No era probable, por lo tanto, que allí pudiéramos cubrir nuestras necesidades, ni siquiera con agua para nuestro consumo diario. Pese a ello, decidí esperar hasta la mañana, para intentar algún éxito, durante la noche, con las tortugas y las aves. También pensé que una noche de descanso sería de gran servicio para los que no se encontraban bien.

El *wigwam* y los caparazones de tortuga eran pruebas de que los nativos visitaban a veces aquella isla, y de que tenían canoas. Los restos de la gran canoa que vimos en la Isla del Domingo no dejaba lugar a la duda. Pero no pensé que corriéramos ningún riesgo quedándonos allí un corto espacio de tiempo. Ordené, sin embargo, que nuestro fuego se encendiera entre la vegetación, para que no

nos descubrieran por su luz.

A mediodía observé la latitud de la isla: 11° 47' sur. La tierra firme se extendía hacia el noroeste y tenía abundancia de blancas colinas arenosas. Había otra isla cerca de nosotros, orientada al noroeste 1/4 norte, a tres leguas de distancia. Como nuestro nivel era muy bajo, no pudimos ver nada de los arrecifes mar adentro.

La tarde se dedicó beneficiosamente al sueño. Hubo, sin embargo, unos pocos que no quisieron dormir, y dediqué a estos a preparar las almejas que nos llevaríamos para nuestra comida del día siguiente; cortamos otras en tiras para secarlas. Sabía que eran lo más valioso que allí podíamos encontrar como provisiones, aunque eran escasas.

Al anochecer advertí a todo el mundo que no hicieran ningún fuego demasiado grande, ni permitieran que se reavivaran las llamas cuando fuera noche cerrada. El señor Samuel y el señor Peckover supervisaron este asunto mientras yo me paseaba por la playa para observar si me parecía que podían vernos desde la isla principal. Acababa de convencerme de que no podían cuando, repentinamente, la isla entera quedó envuelta en un resplandor que hubiera podido ser visto a una distancia mucho mayor. Corrí a averiguar la causa de aquello, y descubrí que era producto de la imprudencia de uno de los hombres, que en mi ausencia había insistido en encender un fuego para él solo; lo encendió, y las llamas prendieron en la hierba cercana y se extendieron rápidamente. Este mal comportamiento hubiera podido tener consecuencias muy serias, descubriendo a los nativos nuestra situación, ya que, si estos nos hubieran atacado, no teníamos ni armas ni fuerzas para hacer frente a una tropa enemiga. De este modo, se perdía enteramente el alivio que yo esperaba de un poco de sueño, y esperé ansiosamente la marea alta para hacerme a la mar.

A las ocho de la noche nos lanzamos de nuevo al océano abierto. Dado lo mísera que era nuestra situación, me sentí secretamente sorprendido al ver que no parecía afectar a nadie tan fuertemente como a mí mismo. Parecía, por el contrario, como si se hubieran embarcado para viajar a Tímor en un buque adecuadamente calculado para la seguridad y la comodidad. Tan gran confianza me proporcionó un gran placer, y puedo aventurarme a afirmar que a esta causa hay que atribuir principalmente nuestra preservación.

Alenté a todo el mundo con esperanzas de que en ocho o diez días estaríamos en tierra segura, y, después de pedirle a Dios que siguiera concediéndonos su graciosa protección, serví una ración de agua para la cena, y puse rumbo al oeste-sudoeste para contrarrestar los vientos del sur en el caso de que soplaran fuertes.

Habíamos permanecido exactamente seis días en la costa de Nueva Holanda, en el curso de los cuales habíamos encontrado ostras, unas pocas almejas, algunos pájaros, y agua. Pero recibimos también otro beneficio quizá igualmente importante, el de vernos aliviados de la fatiga de estar constantemente en el bote, disfrutando de noche de un buen descanso. Estas ventajas preservaron ciertamente nuestras vidas; y por pocas provisiones que obtuviéramos, sé hasta qué punto aliviaron nuestras necesidades. Por entonces, la naturaleza se hubiera hundido en nosotros hasta los

mayores extremos del hambre y la fatiga. Algunos hubieran dejado de luchar por una vida que solamente prometía desdicha y privaciones, y otros, aun poseyendo una mayor fuerza corporal, pronto hubieran imitado a sus infortunados compañeros. Incluso en la situación en que entonces nos encontrábamos éramos unos seres sumamente deplorables; pero las esperanzas en un pronto auxilio mantenían en alto los ánimos. En cuanto a mí, por increíble que pueda parecer, no sentía ni hambre ni sed extremas. Mi ración me contentaba, sabiendo que no podía tener más.

Jueves, 4 de junio. Serví una vigésimo quinta parte de libra de pan y una ración de agua para el desayuno, y lo mismo para la comida, con un suplemento de seis ostras por cabeza. A mediodía, latitud observada, 10° 48' sur; rumbo desde ayer a mediodía, sur 81° oeste; distancia, ciento once millas; longitud, por estimación respecto al Cabo de los Bajíos, 1° 45' oeste. Fuerte viento alisio del este-sudeste, con buen tiempo.

Ese día vimos muchas serpientes de mar, anilladas de amarillo y negro, y hacia mediodía cruzamos una gran abundancia de algas. Aunque el tiempo era bueno, embarcábamos agua constantemente, y eso mantenía a dos hombres ocupados achicando el bote.

Viernes, 5 de junio. A mediodía observé 10° 45' de latitud sur; rumbo desde ayer, oeste 1/4 norte, ciento ocho millas; longitud estimada, 3° 35' oeste. Como ayer, se han servido seis ostras a cada hombre adicionalmente a la ración habitual de pan y agua.

Por la tarde se nos acercaron unos cuantos pájaros bobos, y atrapé uno con mis manos. La sangre se dividió entre tres de los hombres más debilitados, pero ordené que se guardara el ave para la comida del día siguiente. Serví un cuarto de pinta de agua para cenar, y a algunos, que la necesitaban más, media pinta. Durante la noche, empapados constantemente de agua de mar, padecemos mucho frío y muchos estremecimientos.

Sábado, 6 de junio. Al amanecer descubrí que parte de las almejas que estaban colgadas para secarse habían sido robadas; pero todo el mundo negó solemnemente saber nada del asunto. Esa

tarde vimos un alcatraz, una alondra, y algunas serpientes de mar que en general tenían de dos a tres pies de longitud.

Se sirvió para el desayuno la ración habitual de pan y agua, y lo mismo para la comida, junto con el ave, que distribuí por el procedimiento usual de «¿a quién le toca esto?». Me prometí dirigirme a Tímor entre la latitud de 9° 30' sur y la de 10° sur. A mediodía observé que la latitud era 10° 19' sur; rumbo, norte 77° oeste; distancia, ciento diecisiete millas; longitud según la referencia del Cabo de los Bajíos, parte norte de Nueva Holanda, 5° 31' oeste.

Por la tarde aproveché una oportunidad para examinar nuestra reserva de pan, y vi que quedaban raciones para diecinueve días con el sistema anterior de servir una vigésimo quinta parte de libra tres veces al día. En consecuencia, como veía en todo punto la perspectiva de un viaje rápido, me aventuré de nuevo a dar una ración para cenar, cumpliendo con ello la promesa que había hecho en el momento de interrumpirla.

Pasamos la noche míseramente empapados y con frío, y por la mañana escuché melancólicas quejas. Había olas altas que rompían sobre nosotros. Solamente pude dar la ración de pan y agua para el desayuno, mas para la comida di una onza de almejas a cada hombre, que era todo lo que quedaba.

Las olas se hicieron muy altas, y durante todo el día tuvimos lluvia frecuentemente, de modo que estábamos continuamente mojados; y pasamos mucho frío durante la noche. El señor Ledward, el cirujano, y Lawrence Lebogue, un marinero viejo y curtido, parecían estar desmejorando muy rápidamente. No pude asistirles más que con una o dos cucharadas de vino que había guardado cuidadosamente por si se daba una triste necesidad como aquella.

Lunes, 8 de junio. Viento del sudeste. El tiempo, más moderado que en los días anteriores. Vistos algunos alcatraces. A mediodía observé 8° 45' sur; rumbo, oeste-noroeste 1/4 oeste; ciento seis millas; longitud estimada, 8° 23' oeste. Con un mar tranquilo, he puesto rumbo oeste-sudoeste.

A las cuatro de la tarde capturamos un pequeño delfín, que era la primera comida de esta clase que conseguíamos. Di unas dos onzas a cada uno, incluyendo las entrañas, y guardé el resto para el

día siguiente. Hacia el anochecer refrescó el viento, y sopló con fuerza durante toda la noche, de modo que embarcamos mucha agua y sufrimos mucho por el agua y el frío.

Martes, 9 de junio. Al amanecer, como era habitual, escuché muchas quejas, y mis propias sensaciones me convencieron de que estaban perfectamente bien fundadas. Di al cirujano y a Lebogue un poco de vino, pero no pude proporcionarles más ayuda, salvo alentarles con la esperanza de que, en pocos días, tal como íbamos navegando, llegaríamos a Tímor.

Esa tarde sufrí grandes náuseas por culpa de la naturaleza de parte del estómago del pescado, que me había tocado en suerte en la comida. A la puesta del sol serví para cenar una ración de pan y agua.

Miércoles, 10 de junio. Por la mañana, después de una noche muy desagradable, había un visible empeoramiento de mucha gente, cosa que me dio grandes temores. Una debilidad extrema, hinchazón en las piernas, caras flacas y cetrinas, una inclinación al sueño superior a la normal y un aparente debilitamiento del entendimiento, me parecían los tristes presagios de una próxima extinción. El cirujano y Lebogue, en particular, eran seres dignos de toda lástima. Les daba de vez en cuando unas pocas cucharadas del escaso vino que quedaba, y esto les iba muy bien. Lo que más nos sostenía era la esperanza de llevar a término el viaje. El jefe de marinería me dijo, con toda inocencia, que realmente él pensaba que yo era el que peor aspecto tenía en todo el bote. Me divirtió la simplicidad con que emitió semejante opinión, y le devolví un cumplido aún mejor.

Nuestra latitud, a mediodía, era 9° 16' sur. Longitud, según referencia de la parte norte de Nueva Holanda, 12° 1' oeste. Rumbo desde ayer oeste 1/2 sur; ciento once millas. Pájaros y algas de roca indicaron que no estábamos lejos de tierra, pero ya me esperaba ver cosas de esas por allí, porque hay muchas islas entre la parte este de Tímor y Nueva Guinea. La noche fue más moderada que la anterior.

Jueves, 11 de junio. Cada cual recibió la ración usual de pan y

agua, y se dio una ración extraordinaria de agua a los que más la necesitaban. A mediodía observé una latitud de 9° 41' sur; rumbo, sur 77° oeste; distancia, ciento nueve millas; longitud estimada, 13° 49' oeste. Tenía escasas dudas en cuanto a que hubiéramos pasado ya el meridiano de la parte este de Tímor, que está en 128° este. Esto causó una alegría y una satisfacción generales.

Por la tarde vimos alcatraces y muchas otras aves, y después del crepúsculo mantuvimos una ansiosa vigilancia. Por la tarde atrapamos un pájaro bobo, que reservé para la comida del día siguiente.

Viernes, 12 de junio. A las tres de la madrugada, con un desbordamiento de alegría, avistamos Tímor, orientada del oeste-sudoeste al oeste-noroeste, y aproveché un viento del norte-nordeste hasta el amanecer. Distancia de la orilla, dos leguas.

No me es posible describir el placer que inspiró en todos nosotros la bendición de avistar esa tierra. Nos parecía, a nosotros mismos, difícilmente creíble que en un bote abierto, y tan pobremente abastecidos, hubiéramos sido capaces de alcanzar la costa de Tímor en cuarenta y un días después de dejar Tofoa, habiendo recorrido en ese tiempo, según mis anotaciones, una distancia de 3.618 millas; y que, a pesar de nuestra miseria extrema, nadie hubiera muerto en el viaje.

He mencionado ya que no sabía dónde estaba situada la colonia holandesa, pero tenía una vaga idea de que se encontraba en la parte sudoeste de la isla. Por lo tanto, cuando se hizo de día, seguí la costa hacia el sur-sudoeste, cosa a la que me vi todavía más estimulado por el hecho de que el viento no nos permitía ir hacia el noreste sin mucha pérdida de tiempo.

La luz del día nos ofreció un agradable panorama de la tierra, salpicada por bosques y prados. La parte interior era montañosa, pero la ribera baja. Hacía mediodía, la costa se hizo más alta, con algunos promontorios notables. Estábamos realmente encantados con el aspecto general del país, que mostraba muchos sitios cultivados y paisajes hermosos; pero solamente pudimos ver unas pocas chozas pequeñas, de donde concluí que no residía ningún europeo en aquella parte de la isla. El mar rompía fuertemente en la orilla, haciendo imposible el desembarco. A mediodía estábamos

frente a un alto promontorio. Los extremos visibles de la orilla iban del sudoeste 1/2 oeste al nor-noreste 1/2 este, siendo nuestra distancia de la orilla de tres millas; latitud, por observación, 9° 59' sur; mi longitud, por conjetura respecto a la parte norte de Nueva Holanda, 15° 6' oeste.

Para la comida, junto con la ración usual de pan y agua, dividí el ave que habíamos capturado la noche anterior, y di un poco de vino al cirujano y a Lebogue.

Soplaba un viento fresco del este y este-sudeste, con tiempo muy brumoso. Durante la tarde proseguimos nuestro viaje siguiendo una orilla baja cubierta por innumerables palmeras, llamadas palmeras-abanico porque su hoja se extiende en forma de abanico; pero no vimos indicios de cultivos, ni el país tenía un aspecto tan agradable como más al este. Esto, sin embargo, no duró así mucho rato, ya que a la puesta del sol el paisaje volvió a mejorar, y vi varias columnas de humo en sitios donde los habitantes deshierbarban y cultivaban sus campos. Habíamos recorrido veinticinco millas hacia el oeste-sudoeste desde mediodía, y estábamos a cinco millas al oeste de un cabo que, por la tarde, había tomado por el punto más al sur de la tierra; y allí la costa formaba una profunda entrada, con tierras bajas en la bahía que parecían islas. La orilla oeste era alta, pero desde aquel punto de la costa hasta el elevado cabo frente al que estábamos a mediodía la orilla es baja y, me parece, arenosa. Observé particularmente esta situación porque allí termina la altísima cadena de montañas que procede del este de la isla, y el aspecto del país cambia para peor.

Con objeto de que no dejáramos atrás ninguna colonia durante la noche, decidí mantenerme donde estaba hasta que amaneciera, de modo que me puse en facha arrizando la vela de trinquete. Estábamos en aguas con bancos de arena, siendo nuestra distancia de la orilla media legua, con tierra a la vista situada más al oeste orientada al oeste-sudoeste 1/2 oeste. Serví pan y agua para cenar, y, como el bote no presentaba problemas, todos, salvo el oficial de guardia, se tomaron un poco de descanso.

Sábado, 13 de junio. Nos despertamos a las dos de la madrugada, y seguimos donde estábamos hasta que amaneció; descubrí entonces que habíamos derivado durante la noche unas tres leguas al oeste-

sudoeste, estando la tierra más al sur orientada hacia el oeste. Tras examinar la costa, no viendo ningún signo de colonias, seguimos hacia el oeste, con un temporal enfrentado al viento, lo que provocaba olas muy altas. La orilla era alta y estaba cubierta de bosque, pero no mucho más allá la costa estaba formada por una orilla baja, y, como los cabos salían hacia el oeste, imaginé una vez más que estábamos en la parte sur de la isla; pero a las diez vimos que de nuevo la costa se inclinaba al sur, orientándose parte de ella al oeste-sudoeste 1/2 oeste. Al mismo tiempo, apareció tierra al sudoeste; pero el tiempo era tan brumoso que cabía la duda de si las dos tierras estaban separadas, extendiéndose la abertura solamente hacia uno de los puntos del compás. Por esa razón me dirigí hacia la tierra más alejada, y vi que era la isla Roti.

Volví a la orilla que habíamos dejado y eché el rezón en una cala arenosa para poder calcular más convenientemente mi situación. En aquel sitio vimos varios humos, en puntos donde los nativos deshierbaban sus campos. Durante el poco rato que permanecimos allí, el maestro y el carpintero me importunaron mucho para que les permitiera ir en busca de provisiones, cosa a la que finalmente accedí; pero como no encontraron a nadie más que quisiera acompañarles, prefirieron no abandonar el bote. No me detuve más que con el fin ya citado, y luego seguimos costearlo. Contemplábamos una tierra hermosa, hecha, como por artefacto, de prados y parques. La costa es baja y está cubierta de bosques en los que hay innumerables palmeras-abanico que parecen plantaciones de cocoteros. La parte interior es tierra alta, pero muy distinta de las partes de la isla situadas más al este, que son extremadamente montañosas; y, aparentemente, el suelo es mejor.

A mediodía, la isla Roti estaba a siete millas, orientada al oeste-sudoeste. No observé la latitud, pero, por estimación, estábamos a 10° 12' sur; nuestro rumbo, desde el mediodía anterior, era sur 77° oeste; cincuenta y cuatro millas. Se sirvió para el desayuno y para la comida la ración usual de pan y agua, y seguí dando vino al cirujano y a Lebogue.

Tuvimos una fuerte brisa del este-sudeste, con tiempo brumoso, durante toda la tarde. A las dos, después de cruzar una peligrosa rompiente cuya causa atribuí a una fuerte marea hacia barlovento, y unas aguas con bajíos, descubrimos una amplia bahía, o estuario,

con una buena entrada de dos o tres millas de anchura. Concebí entonces esperanzas de que nuestro viaje estuviera terminando, ya que no había sitio más adecuado para los buques ni más elegible para una colonia europea. Eché pues el rezón cerca del lado este de la entrada, en una calita arenosa en la que vimos una choza, un perro y algún ganado; e inmediatamente envié al jefe de marinería y al artillero a la choza, para entrar en contacto con sus habitantes.

Mientras esperábamos, vi que la marea procedía del norte, y antes de que partiéramos el descenso de la marea dejó al descubierto un arrecife rocoso, a unos dos cables de la orilla; el hecho de que quede cubierto en la marea alta lo hace peligroso. También en la orilla opuesta parecía haber rompientes muy fuertes, pero, pese a todo, hay mucho espacio, y, ciertamente, es un paso adecuado para un navío de guerra de primera clase.

La bahía o estuario parecía tener una extensión considerable, estando su parte norte a unas cinco leguas. Allí, la tierra hacía suaves ondulaciones separadas por terrenos más bajos. Pero la isla Roti, al sur, es la mejor señal para reconocer el punto.

Apenas había tenido tiempo de hacer estas observaciones cuando vi que el jefe de marinería y el artillero volvían con algunos nativos. Ya no dudé de nuestro éxito, ni de que nuestras esperanzas fueran a verse plenamente satisfechas. Trajeron a cinco indios y me informaron de que habían encontrado a dos familias, y que las mujeres les habían tratado con cortesía europea. Supe por aquella gente que el gobernador residía en un sitio llamado Coupang, que estaba a cierta distancia hacia el nordeste. Hice señas a uno de ellos para que subiera al bote y nos guiara hasta Coupang, haciéndole comprender que le pagaría por las molestias. El hombre aceptó de buena gana, y subió a bordo.

Aquella gente era de color tostado oscuro, tenía el cabello largo y negro, y masticaba mucho betel. Vestían un trozo cuadrado de tela alrededor de las caderas, con un cuchillo metido en los pliegues; un pañuelo atado en la cabeza, y otro colgando de los hombros por las cuatro puntas, que les servía de bolsa para su provisión de betel. Nos trajeron algunos trozos de carne de tortuga seca y algunas mazorcas de maíz. Esto último fue muy bien recibido, ya que la tortuga estaba tan dura que no podía comerse sin antes tenerla en agua caliente. Se ofrecieron a traernos otras

cosas si yo esperaba, pero, como el piloto estaba dispuesto, decidí seguir. Eran las cuatro y media cuando nos hicimos a la vela.

Por indicación del piloto, nos mantuvimos cerca de la orilla este durante toda la travesía, pero cuando cayó la noche amainó el viento y tuvimos que recurrir a los remos; y vi, para mi sorpresa, que podíamos utilizarlos con alguna efectividad. A las diez, viendo que avanzábamos lentamente, eché el rezón, y por primera vez di raciones dobles de pan y un poco de vino a cada persona.

Domingo, 14 de junio. A la una de la madrugada, después del sueño más feliz y dulce que jamás haya disfrutado el hombre, nos hicimos a la vela y seguimos manteniéndonos cerca de la orilla este, con agua muy calmada. Finalmente me di cuenta de que volvíamos a estar en mar abierto, ya que toda la tierra que habíamos visto era una isla que el piloto llamó Pulo Samow. La entrada norte de ese canal tiene una anchura de milla y media a dos millas, y no sondeé tierra a diez brazas.

El retumbar de dos cañonazos reanimó a todo el mundo, y poco después avistamos dos buques con aparejos de cruzamen y un cúter anclados al este. Tratamos de ganar a barlovento, pero nos vimos obligados a tomar de nuevo los remos, habiendo retrocedido en cada bordada. Nos mantuvimos cerca de la orilla y seguimos remando hasta las cuatro. Entonces eché el rezón y di otra ración de pan y vino a todos mis hombres. En cuanto hubimos descansado un poco, levamos ancla y remamos hasta cerca del amanecer, cuando echamos el rezón frente a un fortín y una pequeña ciudad que, me dijo el piloto, era Coupang.

Entre las cosas que el jefe de marinería había tirado dentro del bote antes de que nos separásemos del buque había un bulto de banderines de señales que habían sido usados en los botes para ir indicando la profundidad del agua en los sondeos. Durante el viaje habíamos formado con ellos una pequeña bandera de proa, que icé en los obenques del palo mayor como señal de necesidad, ya que no me pareció correcto desembarcar sin autorización.

Poco después de romper el día un soldado nos gritó que fuéramos a tierra, cosa que hice inmediatamente, entre una multitud de indios, y me sorprendió agradablemente encontrar a un marinero inglés que pertenecía a la tripulación de uno de los

buques que estaban en la ensenada. Su capitán, me dijo, era la segunda autoridad de la ciudad. Quise, en consecuencia, que me condujera a su presencia, ya que me había enterado de que el gobernador estaba enfermo y no se podía hablar con él.

El capitán Spikerman me recibió con gran humanidad. Le informé de nuestra angustiada situación y le pedí que sin demora se asistiera a los hombres que estaban conmigo. Dio instrucciones para que fueran acogidos en su propia casa, y fue personalmente a ver al gobernador para averiguar en qué momento se me autorizaría verle, fijándose la entrevista para las once.

Quise entonces que mi gente bajara a tierra, cosa que era todo lo que algunos de ellos podían todavía hacer, ya que apenas si estaban en condiciones de andar. Les ayudaron, sin embargo, a llegar hasta la casa, y encontraron té con pan y mantequilla dispuesto para su desayuno.

Tal vez sería difícil que el talento de un pintor se aplicara más ventajosamente que en la representación de los dos grupos de seres que en aquel momento se encontraron. Un espectador indiferente no hubiera sabido qué admirar más, si los ojos de miradas famélicas brillando ante el alivio inmediato, o el horror de sus salvadores ante la visión de tantos espectros cuyas apariencias fantasmales, de no haberse conocido la causa, hubieran excitado terror antes que piedad. Nuestros cuerpos no eran más que piel y huesos, nuestros miembros estaban cubiertos de llagas, e íbamos vestidos con andrajos. En esta condición, mientras lágrimas de alegría y gratitud corrían por nuestras mejillas, nos contempló el pueblo de Tímor, con una mezcla de horror, sorpresa y piedad.

El gobernador, el señor Guillermo Adrián^[9] Van Este, a pesar de su pésimo estado de salud, estaba tan inquieto por nosotros que le vi antes de la hora acordada. Me recibió con gran afecto, y me dio pruebas irrefutables de que poseía todos los sentimientos de un hombre humano y bueno. Por apenado que estuviera, me dijo, de que semejante calamidad nos hubiera ocurrido, consideraba como la mayor satisfacción de su vida el que hubiéramos ido a dar bajo su protección; y si bien estaba tan enfermo que no pudo ejercer personalmente el oficio de amigo, dio órdenes que me garantizaron que se nos proporcionaría cuanto necesitásemos. Inmediatamente se prepararía una casa para mí, y, en lo referente a mi gente, dijo que

yo podría alojarlos ya en el hospital, ya en el buque del capitán Spikerman, que se encontraba en la ensenada; y mostró gran preocupación por el hecho de que Coupang no pudiera proporcionarles mejores acomodos, siendo la casa que se me asignaba la única desocupada, y la situación de las pocas familias que allí vivían tal que no podían acoger convenientemente a forasteros. Por el momento, hasta que las cosas pudieran arreglarse convenientemente, dio instrucciones para que en su propia casa se prepararan vituallas para mis hombres.

Cuando volví a la casa del capitán Spikerman vi que mi gente había recibido toda clase de asistencia. El cirujano les había curado las llagas, y no había dejado de atender a la limpieza de sus personas, habiéndoseles regalado amistosamente ropas diversas.

Quise que me condujeran a la casa que se me destinaba, y la encontré preparada y con criados para servirme. Consistía en una sala con una habitación en cada extremo, y un altillo. Estaba circundada por una galería, con un apartamento externo en un ángulo, y con una comunicación con la calle en la parte trasera de la casa. Decidí, por lo tanto, en vez de separarme de mi gente, alojarles a todos conmigo, y dividí la casa como sigue: yo tomé para mí una habitación; di la otra al maestre, al cirujano, al señor Nelson y al artillero; el altillo a los otros oficiales; y el apartamento externo a los hombres. La sala era común para los oficiales, y los hombres tenían la parte posterior de la galería. Informé al gobernador de esta disposición, y me envió sillas, mesas y bancos, junto con ropa de cama y otras cosas para el uso de todos nosotros.

El gobernador, cuando me despedí de él, me pidió que le fuera diciendo todo lo que necesitaba; pero era solo en momentos especiales que podía atender a nada, ya que estaba agonizando de una enfermedad incurable. Debido a esto traté todos mis asuntos con el señor Timotheus Wanjon, la segunda autoridad de allí, que era yerno del gobernador, y que también contribuyó en toda la medida de sus posibilidades a que estuviéramos bien. Había sido, pues, erróneamente informado por el marinero que me había dicho que el capitán Spikerman tenía la máxima autoridad después del gobernador.

A mediodía trajeron a la casa una comida lo bastante buena para que personas más acostumbradas que nosotros a la saciedad

comieran demasiado. Pero supongo que pocos en tal situación hubieran observado una moderación mayor que la de mis hombres. Mi mayor temor era que comieran demasiada fruta, de la que había una gran variedad en aquella época del año.

Después de ver cómo todos disfrutaban de aquella abundante comida, yo comí con el señor Wanjon, pero no sentí ninguna inclinación especial a comer o a beber. Me parecía que el reposo y la tranquilidad eran más necesarios para el restablecimiento de mi salud, así que me retiré pronto a mi habitación, que encontré todo lo bien amueblada que se podía desear. Pero mi mente tendía, más que al reposo, a la reflexión sobre nuestros pasados sufrimientos y sobre el fracaso de la expedición; pero, sobre todo, a las gracias a Dios Todopoderoso, que nos había dado fuerzas para resistir y soportar tan tremendas calamidades, y que me había permitido ser el instrumento de la salvación de dieciocho vidas.

Jules Verne

Los amotinados de la «Bounty»

EL ABANDONO

Ni un soplo de viento, ni una sola onda en la superficie de la mar, ni una nube en el cielo. Las espléndidas constelaciones del hemisferio austral se dibujan con increíble pureza. Las velas de la *Bounty* cuelgan en los mástiles, el buque está inmóvil, y la luz de la luna, palideciendo ante la aurora que se acerca, ilumina el espacio con una luz indefinible.

La *Bounty*, navío de doscientas quince toneladas tripulado por cuarenta y seis hombres, había zarpado de Spithead el 23 de diciembre de 1787, al mando del capitán Bligh, marino experto, pero un poco duro, que había acompañado al capitán Cook en su último viaje de exploración^[10].

La *Bounty* tenía por misión especial el trasladar a las Antillas el árbol del pan, que crece profusamente en el archipiélago de Tahití. Después de una escala de seis meses en la bahía de Matavaï, William Bligh, tras embarcar un millar de tales árboles, había tomado la ruta de las Indias Occidentales después de una breve permanencia en las Islas de los Amigos.

En muchas ocasiones el carácter suspicaz y colérico del capitán había provocado escenas desagradables entre sus oficiales y él. Sin embargo, la tranquilidad que reinaba a bordo de la *Bounty* al amanecer del 28 de abril de 1787 no hacía presagiar en absoluto los graves acontecimientos que iban a producirse en ella.

Todo parecía tranquilo, en efecto, cuando repentinamente se

propagó por todo el navío una animación insólita. Algunos marineros se acercan los unos a los otros, intercambian unas pocas palabras en voz baja, y luego desaparecen sigilosamente.

¿Es el relevo de la primera guardia? ¿Se ha producido a bordo algún incidente inesperado?

—Sobre todo, nada de ruido, amigos míos —dice Fletcher Christian, el segundo de la *Bounty*^[11]—. Bob, cargue su pistola, pero no dispare sin orden mía. Usted, Churchill, tome su hacha y haga saltar la cerradura del camarote del capitán^[12]. Una última recomendación: ¡lo quiero vivo!

Seguido de una decena de marineros armados de sables, de machetes y de pistolas, Christian se deslizó en el entrepuente; luego, después de colocar a dos centinelas delante del camarote de Stewart y de Peter Heywood, el jefe de marinería y el guardiamarina de la *Bounty*, se detuvo ante la puerta del capitán.

—¡Vamos, muchachos! —dijo—. ¡Un buen empujón!

La puerta cedió ante una vigorosa embestida, y los marineros se precipitaron dentro del camarote.

En un primer momento, sorprendidos por la oscuridad y reflexionando tal vez sobre la gravedad de sus actos, tuvieron un momento de titubeo.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? ¿Quién se atreve a...? —gritó el capitán, saltando fuera de su litera.

—¡Silencio, Bligh! —replicó Churchill—. ¡Silencio, y no te resistas, o te amordazo!

—No hace falta que te vistas —añadió Bob—. ¡Aun sin eso, tendrás una buena pinta cuando cuelgues de la verga del mesana!

—Átale las manos detrás de la espalda, Churchill —dijo Christian—, ¡y súbanlo al puente!

—El más terrible de los capitanes no resulta demasiado temible, cuando uno sabe tratarlo —observó John Smith, el filósofo del grupo.

Luego el cortejo, sin preocuparse de si despertaban o no a los marineros de la última guardia, todavía dormidos, subió la escalera y reapareció en cubierta.

Era una rebelión en toda regla. Uno solo de los oficiales a bordo, Young, uno de los guardiamarinas, había hecho causa común con los amotinados.

En cuanto a los hombres de la tripulación, los titubeantes tuvieron que ceder por el momento, mientras que los demás, sin armas ni jefe, se veían reducidos a presenciar el drama que iba a tener lugar ante sus ojos.

Estaban todos en cubierta, alineados en silencio. Observaban la compostura de su capitán, el cual, medio desnudo, avanzaba, con la frente erguida, entre aquellos hombres habituados a temblar delante suyo.

—Bligh —dijo Christian, con brutalidad—, queda usted destituido del mando.

—No os reconozco el derecho... —respondió el capitán.

—No perdamos el tiempo con protestas inútiles —gritó Christian, interrumpiendo a Bligh—. En este momento, soy el portavoz de toda la tripulación de la *Bounty*. Aún no habíamos salido de Inglaterra y ya teníamos motivos de queja por sus sospechas injuriosas, por sus procedimientos brutales. Cuando hablo en plural, hablo por los oficiales tanto como por los marineros. No solo nunca hemos podido obtener las reparaciones que se nos debían, sino que usted siempre ha echado a un lado nuestras quejas, con desprecio. ¿Acaso somos perros, para que se nos insulte en todo momento? ¡Canallas, bandidos, embusteros, ladrones! ¡Nunca tenía usted un calificativo lo bastante fuerte y grosero para nosotros! ¡En verdad que sería preciso no ser un hombre para soportar semejante existencia! Y a mí, a mí, su compatriota, a mí, que conozco a su familia, a mí, que ya he hecho dos viajes a sus órdenes, ¿me ha tenido alguna consideración? ¿No me acusó, ayer mismo, de haberle robado unas míseras frutas? ¡Y los hombres! ¡Por una tontería, grilletes! ¡Por una bagatela, veinticuatro latigazos! Pues bien, ¡todo se paga en este mundo! ¡Ha sido usted demasiado dadivoso con nosotros, Bligh! ¡Ahora es nuestro turno! ¡Va a expiar, y duramente, sus insultos, sus injusticias, sus acusaciones insensatas, las torturas morales y físicas con que ha abrumado a su tripulación durante un año y medio! Capitán, ha sido usted juzgado por aquellos a los que ha ofendido, y ha sido condenado. ¿No es así, camaradas?

—¡Sí, sí! ¡A muerte! —gritaron la mayoría de los marineros, con ademanes amenazadores contra su capitán.

—Capitán Bligh —prosiguió Christian—, algunos decían de

hacerlo colgar de una soga entre agua y cielo. Otros proponían que le desgarráramos la espalda con el gato de nueve colas hasta que muriese. Les faltaba imaginación. Yo tengo algo mejor. Por otra parte, usted no es aquí el único culpable. Los que siempre han ejecutado fielmente sus órdenes, por crueles que fueran, estarían desesperados si se quedaran bajo mi mando. Han merecido acompañarle allí donde el viento le lleve a usted... ¡Que preparen la chalupa!

Un murmullo de desaprobación acogió estas últimas palabras de Christian, el cual no pareció preocuparse por ello. El capitán Bligh, al que estas amenazas no conseguían turbar, aprovechó un instante de silencio para tomar la palabra.

—Oficiales y marineros —dijo, con voz firme—, en mi calidad de oficial de la marina real y de comandante de la *Bounty*, protesto contra el trato que queréis imponerme. Si tenéis quejas sobre mi modo de ejercer el mando, podéis conseguir que me juzguen ante una corte marcial. Pero sin duda no habéis reflexionado sobre la gravedad del acto que vais a cometer. Atentar contra vuestro capitán significa convertiros en rebeldes contra las leyes vigentes, significa imposibilitaros el regreso a vuestra patria, significa que queréis ser tratados como forbantes^[13]. ¡Tarde o temprano, significa la muerte con ignominia, la muerte de los traidores y los rebeldes! ¡En nombre del honor y de la obediencia que me habéis jurado, os conmino a volver a vuestro deber!

—Sabemos perfectamente a qué nos exponemos —contestó Churchill.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó la tripulación, impaciente por pasar a los hechos.

—Pues bien —dijo Bligh—, si queréis una víctima, que sea yo; ¡pero solo yo! ¡Esos compañeros a los que condenáis como a mí no han hecho más que ejecutar mis órdenes!

La voz del capitán quedó entonces ahogada en un concierto de vociferaciones, y tuvo que renunciar a conmover aquellos corazones que se habían hecho despiadados.

Mientras, se habían tomado las medidas para ejecutar las órdenes de Christian.

A todo eso se había suscitado una viva discusión entre el segundo de a bordo y varios de los amotinados, que querían

abandonar en el mar al capitán Bligh y a sus compañeros sin darle ningún arma, sin entregarles ni una sola onza de pan.

Algunos (esta era la opinión de Churchill) pensaban que el número de los que debían abandonar el buque no era suficiente. Había que deshacerse, decía, de todos aquellos que, no habiendo participado directamente en la conspiración, no eran lo bastante seguros. No se podía contar con aquellos que se limitaban a aceptar los hechos consumados. En cuanto a él, todavía le dolía la espalda de los latigazos que había recibido por haber desertado en Tahití. ¡El mejor medio, el medio más rápido de sanarle consistía en que le entregaran inmediatamente al capitán! ¡Él ya sabría cómo vengarse, y por su propia mano!

—¡Hayward! ¡Hallet! —gritó Christian, dirigiéndose a dos de los oficiales sin tomar en consideración las observaciones de Churchill—. ¡Bajen a la chalupa!

—¿Qué le he hecho yo, Christian, para que me trate así? —dijo Hayward—. ¡Me envía usted a la muerte!

—¡De nada sirven las recriminaciones! Obedezca, porque si no lo hace... ¡Fryer! ¡Al bote también!

Pero estos oficiales, en vez de dirigirse hacia la chalupa, se acercaron al capitán Bligh, y Fryer, que parecía el más decidido, se inclinó hacia él, diciéndole:

—Capitán, ¿quiere que intentemos recobrar el buque? No tenemos armas, es cierto; pero si tomamos por sorpresa a estos amotinados, no podrán resistírsenos. ¡Qué más da si algunos de nosotros morimos! ¡Se puede intentar! ¿Qué le parece?

Los oficiales se preparaban ya para lanzarse contra los rebeldes, los cuales estaban distraídos soltando al bote de sus pescantes, cuando Churchill, al que esta conversación, por rápida que fuera, no había pasado desapercibida, les rodeó con algunos hombres bien armados, y les hizo embarcar por la fuerza.

—Millward, Muspratt, Birket, y vosotros —dijo Christian, dirigiéndose a algunos de los marineros que no habían tomado parte en la rebelión—, bajad al entrepuente, y recoged lo que más os importe. Acompañáis al capitán Bligh. Tú, Morrison, vigila a esos pájaros. Purcell, tome su caja de carpintería, le permito llevársela.

Dos mástiles con sus velas, algunos clavos, una sierra, media pieza de lona de vela, cuatro pequeños barriles conteniendo ciento

veinte litros de agua, ciento cincuenta libras de galleta, treinta y dos libras de tocino salado, seis botellas de vino, seis botellas de ron, los licores del capitán, fue todo lo que les fue permitido llevarse a los abandonados. Les arrojaron, además, dos o tres viejos sables, pero se les negó toda clase de arma de fuego.

—¿Dónde están Heywood y Stewart? —dijo Bligh, una vez en la chalupa—. ¿También ellos me han traicionado?

No habían traicionado, pero Christian había decidido conservarlos a bordo.

El capitán tuvo entonces un momento de desaliento y desmayo, cosa muy comprensible y que no duró.

—Christian —dijo—, le doy mi palabra de honor de olvidar todo lo que ha ocurrido si renuncia a su abominable proyecto. ¡Se lo suplico, piense en mi mujer y mis hijos! ¿Qué será de los míos si yo muero?

—Si hubiese tenido usted algún honor —respondió Christian—, las cosas no hubieran llegado hasta este punto. Si usted hubiera pensado un poco más a menudo en su mujer, en su familia, en las mujeres y las familias de los demás, no habría sido tan duro y tan injusto con todos nosotros.

El jefe de marinería, a su vez, trató de enternecer a Christian en el momento de embarcar; pero en vano.

—Hace demasiado tiempo que estoy sufriendo —dijo Christian, amargamente—. ¡No sabe usted cuáles han sido mis suplicios! ¡No! Esto no podía durar ni un día más; y, por otra parte, no ignora usted que durante todo el viaje, yo, el segundo de a bordo, he sido tratado como un perro. A pesar de todo, ahora que me separo del capitán Bligh, al que probablemente no volveré a ver, accedo, por piedad, a no privarle de toda esperanza de salvación... ¡Smith! Baje al camarote del capitán y tráigale su ropa, sus órdenes de navegación, su diario y su cartera. Que se le den además mis tablas de navegación y mi propio sextante. Así tendrá alguna posibilidad de salvar a sus compañeros y de salirse él mismo del brete.

Las órdenes de Christian fueron ejecutadas, no sin algunas protestas.

—Y ahora, Morrison, suelta las amarras —gritó el segundo, convertido en capitán—, ¡y que se encomienden a Dios!

Mientras los amotinados saludaban con gritos burlones al

capitán Bligh y a sus desdichados compañeros, Christian, apoyado en la borda, era incapaz de despegar la mirada de la chalupa que se alejaba. Este valiente oficial, cuya conducta, hasta entonces leal y franca, había merecido los elogios de todos los capitanes a cuyas órdenes había servido, ya no era más que el jefe de un grupo de forbantes. Ya no podría volver a ver a su anciana madre, ni a su novia, ni las riberas de su tierra, la isla de Man. Se sentía degradado en su propia estimación, deshonorado a los ojos del mundo entero. ¡El castigo estaba ya siguiendo al delito!

LOS ABANDONADOS

La chalupa de Bligh, con sus dieciocho pasajeros, oficiales y marineros, y con las pocas provisiones que contenía, iba tan cargada que su borda quedaba apenas a quince pulgadas por encima del nivel del agua. Con su longitud de veintiún pies y su anchura de seis, era perfectamente adecuada para el servicio de la *Bounty*, pero era difícil encontrar una embarcación más detestable para contener una tripulación tan numerosa o hacer un viaje un poco largo.

Los marineros, confiando en la energía y en la pericia del capitán Bligh y de los oficiales que compartían su suerte, remaban vigorosamente, y la chalupa hendía las olas con rapidez.

Bligh no titubeó en cuanto a qué partido tomar. Era preciso, antes que nada, alcanzar la isla de Tofoa, la más cercana del archipiélago de los Amigos, que habían dejado atrás unos pocos días antes. Allí recogerían frutos del árbol del pan, renovarían la provisión de agua, y luego zarparían hacia Tongataboo, donde, sin duda, podrían obtener víveres en cantidad suficiente para realizar la travesía hasta los enclaves holandeses de Tímor si, por temor a los indígenas, Bligh decidía no detenerse en los innumerables archipiélagos de que estaba salpicada la ruta.

El primer día pasó sin incidentes, y caía la noche cuando avistaron las costas de Tofoa. Por desgracia, la ribera era tan rocosa y acantilada que no se podía desembarcar de noche. Fue preciso,

pues, esperar el día.

Bligh no quería tocar las provisiones de la chalupa más que en caso de necesidad absoluta. Era preciso, pues, que la isla alimentara a sus hombres y a él. Pareció que esto iba a resultar difícil, ya que, de momento, cuando desembarcaron, no encontraron ni rastro de habitantes. Algunos, sin embargo, no tardaron en mostrarse, y, habiendo sido bien recibidos, llamaron a otros que trajeron un poco de agua y algunos cocos.

Bligh estaba muy apurado. ¿Qué decir a aquellos indígenas que habían traficado ya con la *Bounty* en su última escala? Había que ocultarles la verdad como fuera, con objeto de no destruir el prestigio que hasta entonces había envuelto a los extranjeros en aquellas islas.

¿Y si les decían que habían sido enviados en busca de provisiones por el buque, que permanecía mar adentro? ¡Imposible, ya que la *Bounty* no podía verse ni siquiera desde lo alto de las colinas! ¿Y si decían que el buque había naufragado, y que los indígenas veían en ellos a los únicos supervivientes del naufragio? Era, entre todas las fábulas, la más verosímil. Quizá esa historia les conmoviera, les induciría a completar las provisiones de la chalupa. Bligh adoptó pues este partido, por peligroso que fuera, y advirtió a sus hombres, para que todo el mundo coincidiera en lo que decía.

Los indígenas, al oír esa historia, no manifestaron ni alegría ni pesadumbre. Sus rostros expresaron solamente una gran sorpresa, y fue imposible averiguar lo que pensaban.

El 2 de mayo aumentó de modo inquietante el número de los indígenas que habían acudido de otras partes de la isla, y Bligh no tardó en darse cuenta de que sus intenciones eran hostiles. Algunos intentaron incluso tirar del bote hacia la orilla, y solo se retiraron ante la actitud enérgica del capitán, que tuvo que amenazarles con su machete. Entre tanto, algunos de sus hombres, que habían ido de exploración, llegaron con tres galones de agua.

Había llegado el momento de abandonar aquella isla inhospitalaria. A la puesta del sol todo estaba dispuesto, pero no era fácil llegar a la chalupa. La ribera estaba cubierta por una multitud de indígenas que hacían entrechocar piedras, dispuestos a arrojarlas. Era preciso, pues, que la chalupa se mantuviera a algunas toesas de la orilla y no se acercara más que en el mismo

momento en que los hombres estuvieran totalmente preparados para embarcar.

Los ingleses, verdaderamente muy inquietos por las disposiciones hostiles de los nativos, volvieron a bajar a la playa, rodeados por doscientos indígenas que no esperaban más que una señal para arrojárseles encima. Pese a todo, todos ellos habían embarcado felizmente cuando uno de los marineros, llamado Bancroft [14], tuvo la funesta idea de volver a la playa para recoger alguna cosa que se había olvidado. Instantáneamente aquel imprudente se vio rodeado por los nativos, que lo mataron a pedradas sin que sus compañeros, que no disponían de ningún arma de fuego, pudieran socorrerle. Por lo demás, ellos mismos estaban siendo entonces atacados, y caía sobre ellos una lluvia de piedras.

—¡Vamos, muchachos! —gritó Bligh—. ¡A los remos, pronto! ¡Y remad de firme!

Los nativos se metieron entonces en el mar e hicieron llover sobre la embarcación una nueva tormenta de piedras. Varios hombres resultaron heridos. Pero Hayward, recogiendo una de las piedras que habían caído en la chalupa, apuntó a uno de los atacantes y le alcanzó entre los ojos. El indígena cayó de espaldas, profiriendo un alarido al que contestaron los hurras de los ingleses. Su infortunado camarada estaba vengado.

A todo esto, varias piraguas se alejaban de la orilla para darles caza. Esta persecución no podía terminar más que en un combate, cuyo resultado no hubiera sido feliz, cuando el jefe de marinería tuvo una idea luminosa. Sin saber que imitaba a Hipómenes en su combate con Atlante, se despojó de su guerrera y la tiró al agua. Los nativos, dejando su presa por su sombra, se demoraron para recogerla, y este recurso permitió a la chalupa doblar el cabo de la bahía.

Mientras había caído la noche, y los indígenas, desalentados, abandonaron la persecución de la chalupa.

Este primer intento de desembarco había sido demasiado desdichado para que se renovara. Así, al menos, lo pensó el capitán Bligh.

—Es ahora cuando hay que tomar una decisión —dijo—. Lo que acaba de suceder en Tofoa se repetirá, estoy convencido, en Tongataboo y en todas partes donde queramos detenernos. Somos

pocos, no tenemos armas de fuego, y estaremos enteramente a merced de los indígenas. Como no tenemos objetos para el intercambio, no podemos comprar víveres, y no nos es posible obtenerlos a viva fuerza. Estamos, pues, limitados a nuestros propios recursos. Ahora bien, amigos míos, ¿sabéis tan bien como yo hasta qué punto son míseros! Pero ¿no es mejor contentarse con ellos que arriesgar, en cada desembarco, la vida de varios de nosotros? Pero no quiero ocultaros en nada lo horrible de nuestra situación. Para llegar a Tímor, tenemos que viajar más o menos mil doscientas leguas, y tendréis que contentaros con una onza de galleta y un cuarto de pinta de agua por día. Este es el precio de la salvación. ¡Contestadme, sin reservas mentales! ¿Aceptáis intentar la empresa? ¿Juráis obedecer mis órdenes, sean estas cuales sean? ¿Prometéis someteros, sin murmurar, a estas privaciones?

—¡Sí, sí! ¡Lo juramos! —gritaron al unísono los compañeros de Bligh.

—Amigos míos —reanudó el capitán—, también es preciso olvidar nuestras ofensas mutuas, nuestras antipatías y nuestros odios; en una palabra, sacrificar nuestros rencores personales al interés de todos, que debe ser lo único que nos guíe.

—Lo prometemos.

—Si respetáis la palabra que habéis dado —añadió Bligh—, y, si llega el caso, yo sabré obligaros a hacerlo, respondo de nuestra salvación.

Se puso rumbo oeste-noroeste. El viento, que era bastante fuerte, sopló tempestuosamente durante la noche del 4 de mayo. Las olas se hicieron tan grandes que la embarcación desaparecía entre ellas, pareciendo que no podría remontarlas. El peligro aumentaba a cada instante. Los desdichados, calados hasta los huesos y helados de frío, no tuvieron aquel día, para reconfortarse, más que el ron que cabía en una taza de té y la cuarta parte de un fruto medio podrido del árbol del pan.

El día siguiente, y varios días más, la situación siguió invariable. La embarcación pasó entre innumerables islas, de las que salieron algunas piraguas.

¿Salían para darles caza, o para hacer intercambios? En la duda, hubiera sido imprudente detenerse. Así pues la chalupa, con las velas henchidas por un viento favorable, las dejaba atrás con

prontitud.

El 9 de mayo estalló una terrible tormenta. Se sucedían sin interrupción el trueno y los relámpagos. La lluvia caía con una fuerza de la que no pueden darnos idea las tormentas más violentas de nuestros climas. Era imposible secar las ropas. Bligh tuvo entonces la idea de mojarlas con agua del mar e impregnarlas de sal, con objeto de devolverle a la piel algo del calor que la lluvia se llevaba. Por otra parte, aquellas lluvias torrenciales, que causaron tantos sufrimientos al capitán y a sus compañeros, les libraron de otras torturas todavía más horribles, las torturas de la sed que les hubiera provocado en poco tiempo un calor insoportable.

El 17 de mayo por la mañana, después de una tormenta terrible, los lamentos se hicieron unánimes:

—No tendremos fuerza suficiente para llegar a Nueva Holanda —exclamaban los desdichados—. Estamos calados por la lluvia, exhaustos de cansancio. ¿Es que no tendremos ni un momento de descanso? Estamos medio muertos de hambre, capitán. ¿No puede usted aumentarnos las raciones? ¿Qué más da que se nos agoten los víveres? ¡Podremos reemplazarlos fácilmente cuando lleguemos a Nueva Holanda!

—Me niego —contestó Bligh—, sería obrar como locos. ¡Cómo! ¡No hemos cubierto ni la mitad de la distancia que nos separa de Australia, y ya estáis desmoralizados! Además, ¿creéis que va a ser fácil encontrar víveres en la costa de Nueva Holanda? ¡No conocéis ese país ni a sus habitantes!

Y Bligh se puso a describir a grandes rasgos la naturaleza de la tierra, las costumbres de los indígenas, las pocas ilusiones que había que hacerse sobre su acogida, cosas todas que su viaje con el capitán Cook le había dado a conocer. Una vez más, sus infortunados compañeros le escucharon y callaron.

Los quince días siguientes estuvieron alegres por un sol claro que les permitió secar las ropas. El 27 franquearon los arrecifes que bordean la costa oriental de Nueva Holanda. El mar estaba en calma detrás de aquel cinturón madreporico, y grupos de islas de vegetación exótica alegraban los ojos.

Desembarcaron, avanzando con precaución. No encontraron más que restos de viejas hogueras como indicios de la presencia de indígenas. Era posible, pues, pasar en tierra una buena noche.

Pero había que comer. Afortunadamente, uno de los marineros descubrió un banco de ostras. Fue un auténtico banquete.

El día siguiente, Bligh encontró en la chalupa una lupa, un yesquero y azufre. Pudo, pues, hacer fuego para cocinar las aves o el pescado.

Bligh pensó entonces en dividir su tripulación en tres grupos: el primero pondría en orden la embarcación, y los otros dos irían en busca de víveres. Pero varios hombres se quejaron amargamente, y manifestaron que preferían dejar de comer antes que adentrarse en la tierra.

Uno de ellos, más violento o más nervioso que los demás, llegó al extremo de decirle al capitán:

—Un hombre vale tanto como otro, y no veo por qué usted ha de quedarse descansando. Si tiene hambre, ¡vaya en busca de comida! ¡Por lo que hace usted aquí, yo puedo muy bien reemplazarle!

Bligh, comprendiendo que el espíritu de amotinamiento debía ser atajado inmediatamente, empuñó un machete y, arrojando otro a los pies del rebelde, le gritó:

—¡Defiéndete, o te mato como a un perro!

Esta actitud enérgica hizo recapacitar al rebelde, y el descontento general se apaciguó.

Durante aquella escala, la tripulación de la chalupa recogió en abundancia ostras, almejas y agua dulce.

Un poco más allá, en el estrecho de Endeavour, de los dos grupos enviados a la caza de tortugas y de *noddies*^[15], el primero volvió con las manos vacías; el segundo traía seis *noddies*, pero hubiera capturado a más de no haber sido por la obstinación de uno de los cazadores que, apartándose de sus camaradas, espantó a esas aves. Este hombre confesó, posteriormente, que había capturado a nueve de estos volátiles y se los había comido inmediatamente.

Es indudable que Bligh y sus compañeros hubieran perecido sin los víveres y el agua dulce que acababan de encontrar en la costa de Nueva Holanda. Por lo demás, todos se encontraban en un estado lamentable: macilentos, deshechos, agotados... Unos auténticos cadáveres.

El viaje en alta mar para llegar a Tímor no fue más que una dolorosa repetición de los sufrimientos ya soportados por aquellos

desdichados antes de alcanzar las costas de Nueva Holanda. Solo que el ánimo de resistencia había disminuido en todos sin excepción. A los pocos días, tenían las piernas hinchadas. En aquel estado de debilidad extrema, les abrumaba un deseo casi continuo de dormir. Eran estos los signos anunciadores de un fin que no podía tardar. Bligh, dándose cuenta de ello, distribuyó una doble ración entre los más debilitados, y se esforzó por devolverles algo de esperanza.

Finalmente, la mañana del 12 de junio, fue avistada la costa de Tímor, después de una travesía de tres mil seiscientos dieciocho leguas en condiciones terriblemente espantosas.

Los ingleses tuvieron en Coupang la más afable acogida. Permanecieron allí dos meses para rehacerse. Luego Bligh compró una goleta y se dirigió a Batavia, donde embarcaron hacia Inglaterra.

Los abandonados desembarcaron en Portsmouth el 14 de marzo de 1790. El relato de las torturas que habían soportado provocó la simpatía universal y la indignación de todas las personas de corazón. Casi inmediatamente, el Almirantazgo preparó la fragata *Pandora*, de veinticuatro piezas y con ciento sesenta tripulantes, y la envió en persecución de los amotinados de la *Bounty*.

Sepamos qué había sido de ellos.

LOS AMOTINADOS

Después de haber sido abandonado en alta mar el capitán Bligh, la *Bounty* hizo vela hacia Tahití. Aquel mismo día llegaba a Toubouïa. El aspecto risueño de aquella isla, rodeada por un cinturón de rocas madreporicas, invitaba a Christian a desembarcar; pero la actitud de los habitantes pareció demasiado amenazadora, y no se realizó el desembarco.

Fue el 6 de junio de 1789 cuando anclaron en la bahía de Matavaï. Fue enorme la sorpresa de los tahitianos al reconocer a la *Bounty*. Los amotinados encontraron allí a los indígenas con los que habían estado en relación durante la anterior escala, y les contaron una fábula en la que tuvieron buen cuidado de hacer intervenir el nombre del capitán Cook, del que los tahitianos conservaban el mejor recuerdo.

El 29 de junio, los amotinados zarparon de nuevo hacia Toubouïa e iniciaron la búsqueda de alguna isla que quedara situada fuera de la ruta ordinaria de los buques, cuyo suelo fuera lo bastante fértil para alimentarlos, y en la que pudieran vivir con plena seguridad. Vagaron de este modo de archipiélago en archipiélago, cometiendo toda clase de depredaciones y excesos que la autoridad de Christian no conseguía impedir más que en raras ocasiones.

Luego, atraídos una vez más por la fertilidad de Tahití, por las costumbres dulces y amistosas de sus habitantes, regresaron a la

bahía de Matavaï. Allí bajaron en seguida a tierra las dos terceras partes de los tripulantes. Pero aquella misma noche la *Bounty* levó anclas y desapareció antes de que los marineros desembarcados hubieran podido sospechar que Christian tenía la intención de irse sin ellos.

Abandonados a sí mismos, aquellos hombres se establecieron, sin demasiada pesadumbre, en distintas partes de la isla. El jefe de marinería Stewart y el guardiamarina Peter Heywood, los dos oficiales a los que Christian había eximido de la condena pronunciada contra Bligh y que se había llevado consigo en contra de su voluntad, permanecieron en Matavaï junto al rey Tippao, con cuya hermana se casó Stewart al cabo de poco tiempo. Morrison y Millward acudieron al jefe Peno, que les recibió bien. En cuanto a los demás marineros, se adentraron en la isla y no tardaron en casarse con tahitianas.

Churchill y un loco de atar llamado Thompson, después de haber cometido toda clase de crímenes, llegaron a las manos entre sí. Churchill resultó muerto en la lucha, y Thompson fue lapidado por los indígenas. Así murieron dos de los rebeldes que más habían intervenido en el motín. Los demás, por el contrario, supieron, gracias a su buena conducta, hacerse querer de los tahitianos.

A todo eso, Morrison y Millward veían constantemente pender el castigo sobre sus cabezas, y no podían vivir tranquilos en aquella isla en la que se les hubiera descubierto fácilmente. Proyectaron, pues, la construcción de una goleta con la que tratarían de llegar a Batavia, para desaparecer allí en el seno del mundo civilizado. Con ocho de sus compañeros, sin más herramientas que las del carpintero, lograron, no sin grandes trabajos, construir un pequeño buque al que bautizaron *Resolution*, y lo amarraron en una bahía, detrás de uno de los cabos de Tahití, llamado cabo Venus. Pero la absoluta imposibilidad en que se encontraban para procurarse velas les impidió hacerse a la mar.

Entre tanto, con la confianza que da la inocencia, Stewart cultivaba un jardín, y Peter Heywood reunía materiales para un léxico que, posteriormente, fue de gran ayuda para los misioneros.

Habían transcurrido dieciocho meses cuando, el 23 de marzo de 1791, un navío dobló el cabo Venus y ancló en la bahía de Matavaï. Era la *Pandora*, enviada por el Almirantazgo inglés en persecución

de los amotinados.

Heywood y Stewart se apresuraron a subir a bordo, declararon sus nombres y grados, y contaron que no habían tenido nada que ver con el motín; pero no se les creyó, y fueron encadenados inmediatamente, así como todos sus compañeros, sin que se hubiera llevado a cabo ninguna indagación. Fueron tratados con la más repugnante inhumanidad, cargados de grilletes, amenazados de fusilamiento si utilizaban la lengua tahitiana para conversar entre sí. Les encerraron en una jaula de once pies de largo colocada en el extremo del alcázar, jaula que un aficionado a la mitología bautizó con el nombre de «caja de Pandora».

El 19 se hicieron a la mar la *Resolution*, a la que se había provisto de velas, y la *Pandora*. Durante tres meses, estos dos buques navegaron por el archipiélago de los Amigos, donde se suponía que habían podido refugiarse Christian y el resto de los amotinados. La *Resolution*, con su poco calado, prestó importantes servicios durante esta travesía; pero desapareció en las cercanías de la isla Chatham, y, aunque la *Pandora* permaneció varios días a la espera, no volvió a saberse nada ni de ella ni de los cinco marineros que la tripulaban.

La *Pandora* había reemprendido la ruta hacia Europa con sus prisioneros cuando, en el estrecho de Torres, dio contra un escollo de coral y se hundió casi inmediatamente, con treinta y uno de sus tripulantes y cuatro de los amotinados.

Los tripulantes y los prisioneros que habían escapado al naufragio alcanzaron un islote arenoso. Allí, los oficiales y los marineros pudieron abrigarse en tiendas; pero los rebeldes, expuestos a los ardores de un sol que caía a plomo, se vieron obligados, para encontrar algún alivio, a enterrarse en la arena hasta el cuello.

Los náufragos permanecieron en aquel islote durante algunos días. Luego llegaron todos a Tímor en las chalupas de la *Pandora*. La rigurosa vigilancia a que estaban sometidos los amotinados no se debilitó ni un solo instante a pesar de la gravedad de las circunstancias.

Los amotinados, que llegaron a Inglaterra en junio de 1792, fueron juzgados ante un consejo de guerra presidido por el almirante Hood. El juicio duró seis días y terminó con la absolución

de cuatro de los acusados y la condena a muerte de los otros seis, por crimen de desertión y toma del navío confiado a su custodia. Cuatro de los condenados fueron ahorcados a bordo de un navío de guerra. Los otros dos, Stewart y Peter Heywood, cuya inocencia había sido por fin reconocida, fueron indultados.

Pero ¿qué había sido de la *Bounty*? ¿Había naufragado con los últimos amotinados? Era imposible saberlo.

En 1814, veinticinco años después de la escena con la que empieza este relato, dos navíos ingleses cruzaban Oceanía bajo el mando del capitán Staines. Se encontraban, al sur del archipiélago Dangereux, frente a una isla montañosa y volcánica descubierta por Carteret en el curso de su viaje alrededor del mundo, y que había bautizado con el nombre de Pitcairn. No era más que un cono, casi sin ribera, que se elevaba a pico por encima del mar, tapizado hasta su cima solamente por bosques de palmeras y de árboles del pan. Esa isla no había sido nunca visitada. Se encontraba a mil doscientas millas de Tahití, a 25° 4' de latitud sur y 180° 8' de longitud oeste. Su perímetro era de solamente cuatro millas y media, y su anchura máxima de una milla y media, y solo se sabía de ella lo que Carteret había dicho.

El capitán Staines decidió examinarla y buscar en ella un sitio conveniente para desembarcar.

Al acercarse a la costa, le sorprendió ver chozas, plantaciones, y, en la playa, a dos nativos que, tras botar una embarcación y cruzar hábilmente la rompiente, se dirigieron hacia su buque. Pero su sorpresa ya no conoció límites cuando oyó que le hablaban en excelente inglés, diciéndole:

—¡Eh! ¡Echadnos un cabo, para que subamos a bordo!

En cuanto estuvieron a bordo, los dos fornidos remeros fueron rodeados por unos marineros estupefactos que les abrumaban a preguntas a las que ellos no sabían qué contestar. Fueron conducidos ante el capitán e interrogados ordenadamente.

—¿Quiénes sois?

—Me llamo Fletcher Christian, y mi camarada se llama Young.

Estos apellidos no le decían nada al capitán Staines, que estaba muy lejos de pensar en los supervivientes de la *Bounty*.

—¿Desde cuándo estáis aquí?

—Hemos nacido aquí.

—¿Vuestras edades?

—Yo, veinticinco años —respondió Christian—, y Young dieciocho.

—¿Vuestros padres fueron arrojados a esta isla en algún naufragio?

Christian hizo entonces ante el capitán Staines la conmovedora confesión que sigue, y de la que presentamos los hechos fundamentales:

Al dejar Tahití, donde abandonaba a veintiuno de sus camaradas, Christian, que a bordo de la *Bounty* había leído el relato del viaje del capitán Carteret, se dirigió directamente hacia la isla Pitcairn, cuya situación le parecía adecuada para el objetivo que buscaba. Iban en la *Bounty* todavía veintiocho personas. Eran Christian, el guardiamarina Young, siete marineros, seis tahitianos que habían embarcado en Tahití, tres de ellos con sus respectivas mujeres, con un niño de diez meses; además, tres hombres y seis mujeres, indígenas de Roubouai.

Lo primero que hicieron Christian y sus compañeros al llegar a la isla Pitcairn fue destruir la *Bounty*, para no ser descubiertos. Con ello, claro está, renunciaban a toda posibilidad de abandonar la isla, pero eso era lo que exigía su seguridad.

El asentamiento de la pequeña colonia no iba a hacerse sin dificultades, siendo gente a la que solamente unía la solidaridad del crimen. No tardaron en estallar disputas sangrientas entre los tahitianos y los ingleses. Así, en 1794 solamente sobrevivían cuatro de los indígenas que habían llevado consigo. Todos los tahitianos habían muerto violentamente.

Uno de los ingleses, que había encontrado el modo de fabricar bebidas espirituosas con la raíz de una planta indígena, había terminado embrutecido por la ebriedad, y, presa de un ataque de *delirium tremens*, se había precipitado al mar desde lo alto de un acantilado.

Otro, presa de un ataque de locura furiosa, se había abalanzado contra Young y uno de los marineros llamado John Adams, y se habían visto obligados a matarle. Young murió en 1800, víctima de una violenta crisis de asma.

John Adams fue entonces el último superviviente de la tripulación amotinada.

El carácter de John Adams, que quedó solo con varias mujeres y veinte niños, nacidos de las uniones de sus compañeros con las tahitianas, se había modificado profundamente. No tenía entonces más que treinta y seis años, pero hacía tantos años que presenciaba tantas escenas de violencia y asesinato, y había visto a la naturaleza humana en facetas tan tristes, que, a través de la reflexión, se había enmendado por completo.

En la biblioteca de la *Bounty*, conservada en la isla, había una Biblia y varios libros piadosos. John Adams, que los leía frecuentemente, se convirtió, educó con excelentes principios a la joven población que le consideraba como un padre, y, por la fuerza de las cosas, se convirtió en legislador, sumo sacerdote y, por así decirlo, rey de Pitcairn.

Con todo, hasta 1814, sus temores habían sido incesantes.

En 1795 un buque se había acercado a Pitcairn; los cuatro supervivientes se habían ocultado en unos bosques inaccesibles, y no se habían atrevido a salir de nuevo a la bahía más que después de alejarse el buque. Misma medida de prudencia cuando, en 1808, desembarcó en la isla un capitán americano, que se llevó de ella un cronógrafo y una brújula que hizo llegar al Almirantazgo inglés. Pero el Almirantazgo no hizo caso de aquellos restos de la *Bounty*. Ciertamente que por entonces tenía en Europa preocupaciones de mucha mayor gravedad.

Esto fue lo que relataron al capitán Staines los dos nativos, ingleses por parte de padre, siendo uno de ellos hijo de Christian, y el otro de Young. Pero cuando Staines quiso hablar con John Adams, este se negó a subir a bordo antes de saber qué harían con él.

El capitán, después de asegurar a los dos jóvenes que John Adams estaba al amparo de la prescripción, puesto que habían pasado más de veinticinco años desde el motín de la *Bounty*, desembarcó y fue recibido en tierra por una población compuesta por cuarenta y seis adultos y numerosos niños. Todos eran altos y vigorosos, con un tipo inglés netamente marcado. Las muchachas, sobre todo, eran admirablemente hermosas, y su timidez les daba un encanto especial.

Las leyes vigentes en la isla eran de la mayor simplicidad. Se anotaba en un cuaderno lo que cada cual ganaba con su trabajo. Se

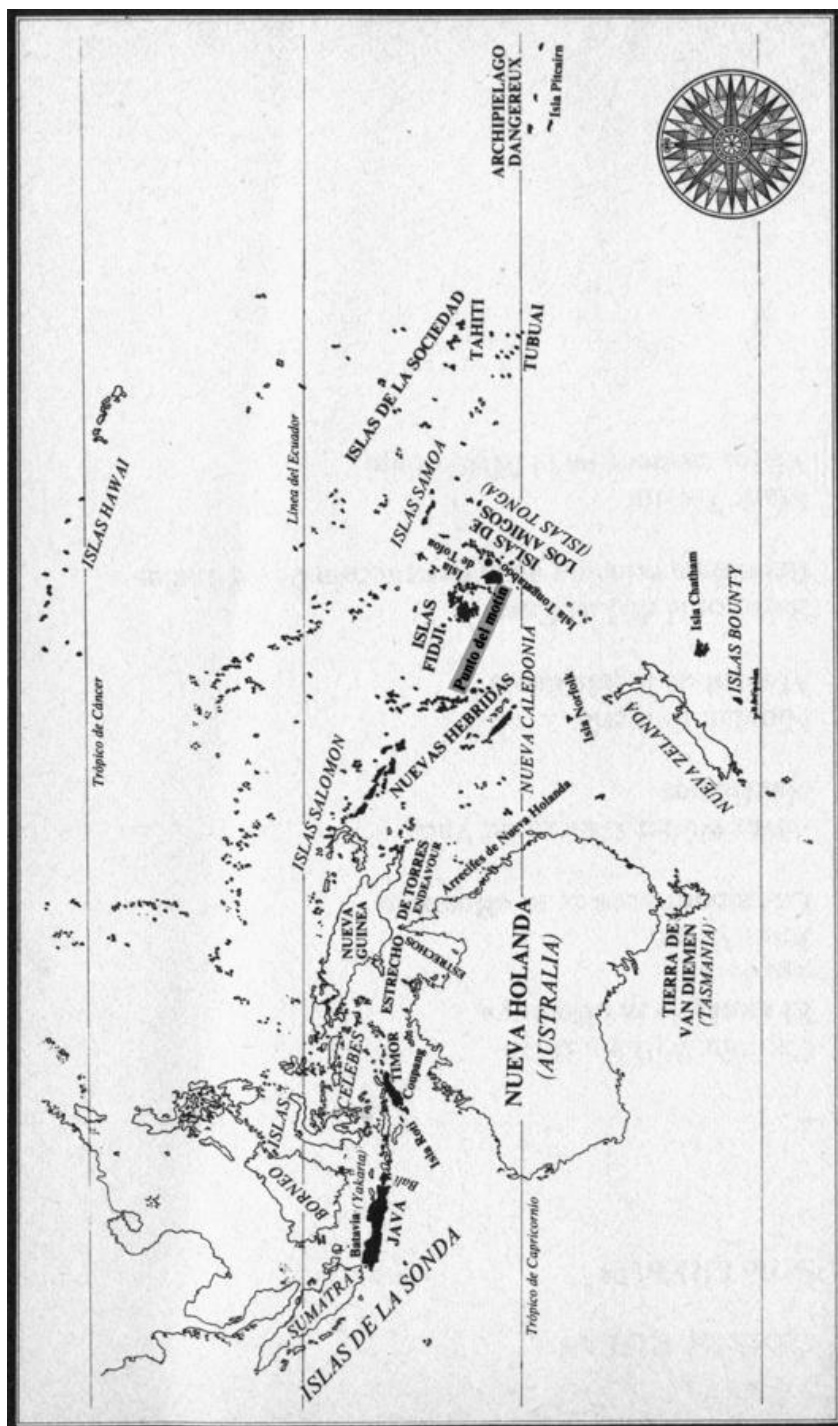
desconocía la moneda. Todas las transacciones se hacían por medio de intercambio, pero no había industria, ya que faltaban las materias primas. Los habitantes llevaban por todo vestido anchos sombreros y faldellines de hierba. Sus principales ocupaciones eran la pesca y la agricultura. Las bodas no se celebraban más que con la autorización de Adams, después de que el hombre hubiera despejado y sembrado un campo lo bastante grande para atender al sustento de su futura familia.

El capitán Staines, después de recoger datos curiosísimos sobre aquella isla perdida en los parajes menos frecuentados del Pacífico, se hizo de nuevo a la mar y volvió a Europa.

Con posterioridad, el venerable John Adams terminó su accidentada carrera. Murió en 1829, y fue reemplazado por el reverendo George Nobbs, que sigue desempeñando en la isla las funciones de sacerdote, médico y maestro de escuela.

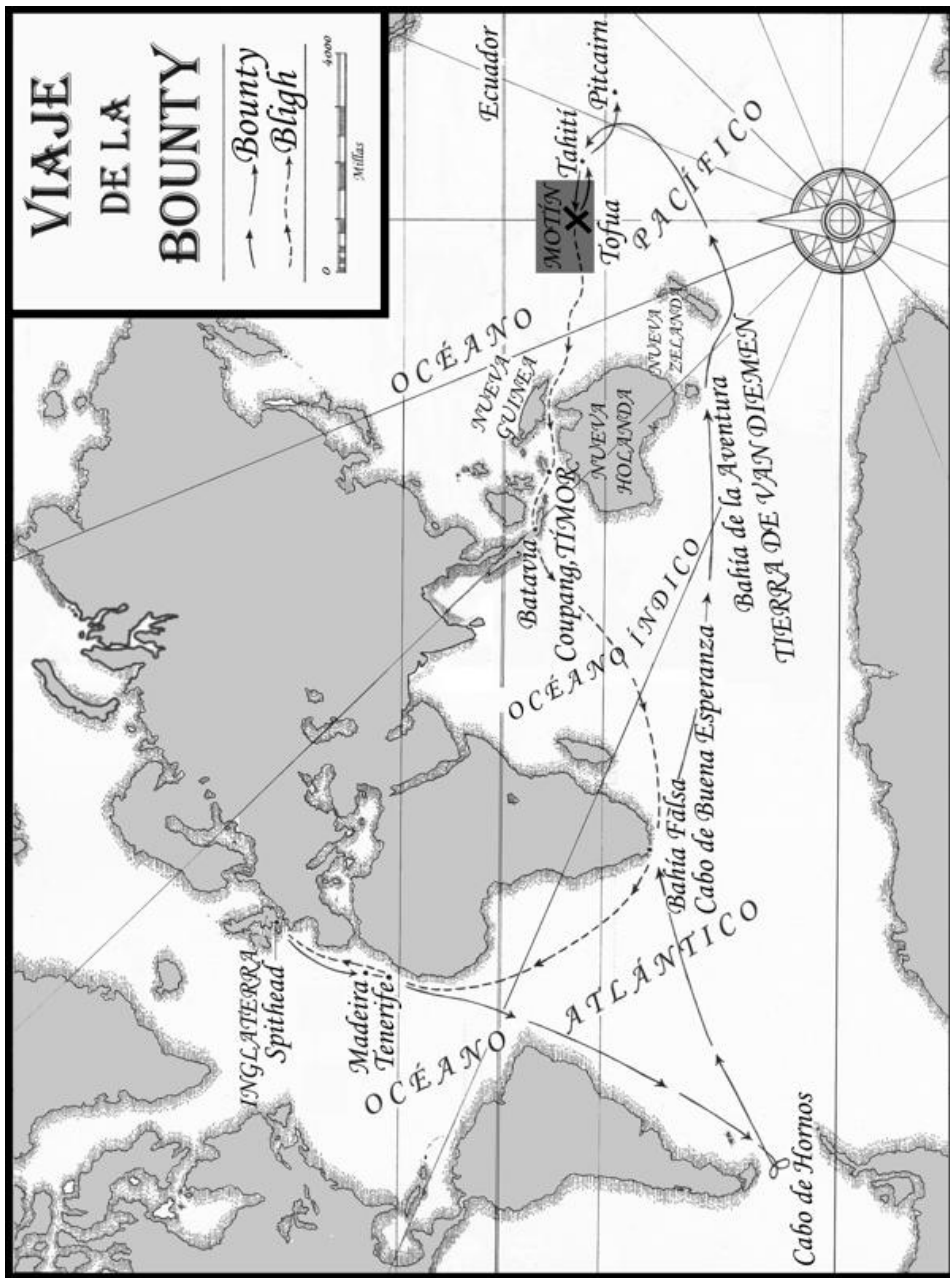
En 1853, los descendientes de los amotinados de la *Bounty* sumaban ciento setenta individuos. Desde entonces, la población no hizo sino aumentar, y llegó a ser tan numerosa que, tres años después, gran parte de ella tuvo que establecerse en la isla Norfolk, que hasta entonces había sido utilizada como lugar de confinamiento de condenados. Pero parte de los emigrados sentían nostalgia de Pitcairn, pese a que Norfolk fuese cuatro veces mayor, su tierra notable por su fertilidad, y las condiciones de vida en ella mucho más fáciles. Al cabo de dos años allí, varias familias volvieron a Pitcairn, donde siguen prosperando.

Tal fue, pues, el desenlace de una aventura que había empezado de modo tan trágico. Al principio, amotinados, asesinos, locos; y ahora, bajo la influencia de los principios de la moral cristiana y de la educación dada por un marinero converso, la isla Pitcairn se ha convertido en patria de una población apacible, hospitalaria, feliz, en la que se encuentran las costumbres patriarcales de los primeros tiempos.

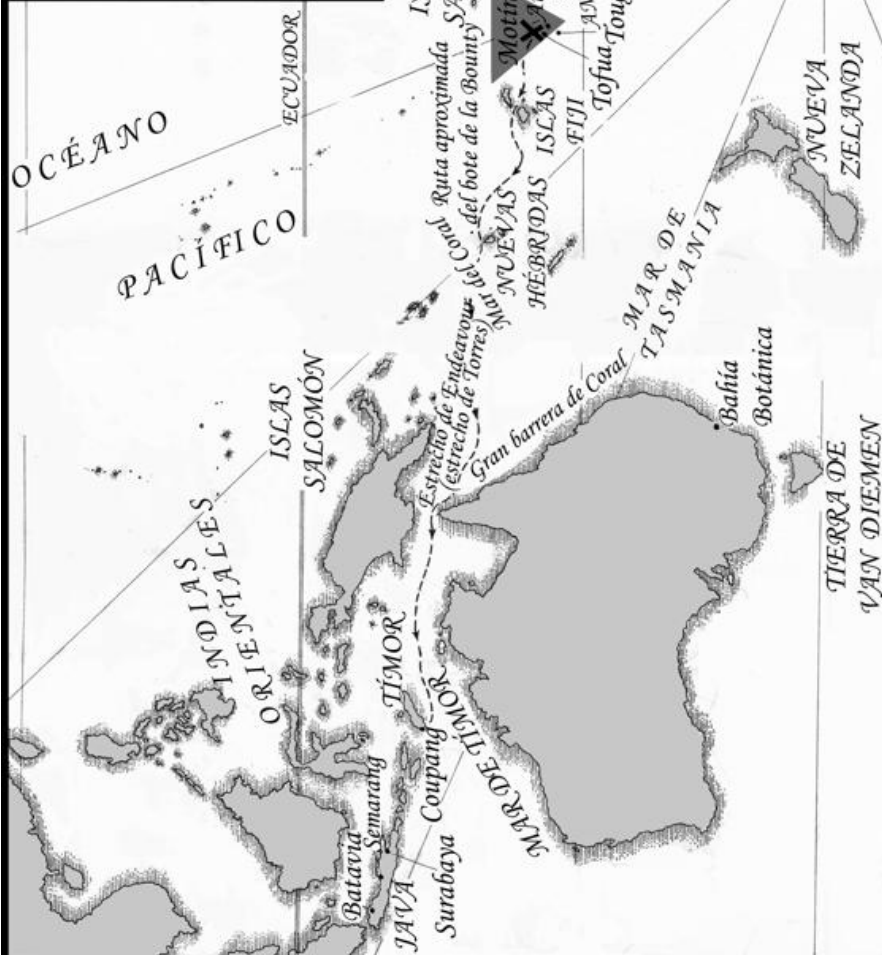


VIAJE DE LA BOUNTY

—→— Bounty
- - - - - Bligh



VIAJE DEL BOTE DE LA BOUNTY





WILLIAM BLIGH nació en 1754, en una familia humilde, siendo su padre inspector de aduanas.

Ingresó en la marina de guerra siendo un niño. En 1772-74

, ya como guardiamarina, acompañó a Cook en su segundo viaje al Pacífico.

Ascendido a *commander* (teniente de navío con mando de buque), se le dio el mando de la *Bounty*, con la que hizo tres viajes a Oceanía. En el curso del tercero, cuando volvía de recoger muestras y semillas del árbol del pan en Tahití, se produjo a bordo de la *Bounty*, el 28 de abril de 1789, el motín más célebre y novelesco de todos los tiempos.

Bligh y dieciocho de sus hombres fueron abandonados por los amotinados, con muy pocos víveres y sin armas de fuego, en una lancha cuya borda, por la sobrecarga, solo sobresalía unas pocas pulgadas de la superficie del agua. Bligh, en una de las mayores proezas marineras de la historia, logró llegar a la colonia holandesa de Tímor tras un viaje de 3.618 millas (unos 5.800 kilómetros), con la pérdida de un solo hombre en combate con salvajes y ninguno por privaciones o enfermedad, descubriendo en el camino varias

islas y tomando anotaciones útiles para la navegación.

Ascendido a capitán de navío, prestó servicios distinguidos durante las guerras con Francia, y fue nombrado en 1808 gobernador de Nueva Gales del Sur. Su gestión, llevada con rigor militar, provocó disturbios entre los colonos, que llegaron a apresarle, tras lo cual, en 1811, fue llamado a Inglaterra. Poco después ascendió a almirante, y murió en Inglaterra en 1818.

Su imagen de capitán despiadado, difundida por novelaciones simplificadoras del motín de la *Bounty*, y sobre todo por numerosas versiones cinematográficas, tiene poco en que sustentarse. Ni sus diarios de a bordo, ni los testimonios y conclusiones en los consejos de guerra derivados del motín, dan constancia alguna de que su modo de ejercer el mando superara en severidad lo usual en la época. Consta en su favor, en cambio, una constante preocupación por su parte, reforzada sin duda por su aprendizaje con Cook, para preservar la salud de sus hombres, y su rigor en la aplicación de medidas higiénicas (que fue, por lo demás, lo que le permitió superar con éxito su épico viaje hasta Tímor en la lancha de la *Bounty*) se tradujo en un porcentaje de muertes por enfermedad en sus tripulaciones mucho menor del habitual en los largos viajes del siglo XVIII por la poco explorada Oceanía.



JULES VERNE nació en Nantes en 1828.

Mientras trabajaba de abogado en el bufete de su padre, escribía novelas de aventuras que no conseguía publicar. Descubierto al fin por el editor Hetzel, obtuvo de este un contrato para dos novelas anuales. A partir de entonces, dedicado por entero a la literatura, su producción superó con creces este mínimo anual. Sus novelas, en las que se mezclaban la divulgación y la anticipación científica con la aventura en paisajes exóticos y remotos, tuvieron un éxito de público sin precedentes. Ya rico y celeberrimo, sufrió un absurdo atentado con revólver por parte de un sobrino suyo; quedó cojo y profundamente afectado síquicamente, y su producción bajó a partir de entonces tanto en volumen como en interés. Murió en Amiens en 1905.

Entre sus obras, cuya fórmula, ya durante su vida, fue imitada por innumerables escritores, y que han mantenido su vigencia después de su muerte, figuran *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866). La corriente de interés provocada por la publicación serial de obras como *20.000 leguas de viaje submarino* y, sobre todo, *La vuelta al mundo en ochenta días*, fue un fenómeno de envergadura raras veces conocida en la historia de la literatura.

Notas

[1] «Pamplemusa» no es palabra que recoja el DRAE. Lo que Isaac Martin le da al capitán Bligh es, evidentemente, un pomelo. (Nota del editor digital) < <

[2] Recuérdese que la misión del capitán Bligh consistía esencialmente en obtener especímenes y semillas del árbol del pan.
(N.d.T.) < <

[3] Rezón: Ancla pequeña, de cuatro uñas y sin cepo, que sirve para embarcaciones menores. (Nota del editor digital) < <

[4] Este procedimiento, que garantiza iguales oportunidades a todos los que van a intervenir en el reparto de una presa, consiste en lo siguiente: un hombre se vuelve de espaldas a lo que va a ser repartido; otro señala, una tras otra, las distintas porciones, preguntando: «¿A quién le toca?», pregunta a la que el primero va respondiendo nombrando sucesivamente, en el orden que quiere, a los participantes en el reparto. (N.d.T.) < <

[5] «Noddy»: en inglés, papanatas, majadero. (N.d.T.) < <

[6] Cibica: barra de hierro dulce, que se embute como refuerzo en la parte superior de la manga de los ejes de madera de los carruajes. (Nota del editor digital). < <

[7] Tenesmo: gana frecuente de defecar o de orinar. (Nota del editor digital) < <

[8] «Fair Cape», el cabo citado en las anotaciones correspondientes al día 29 de mayo. (N.d.T.) < <

[9] Bligh cita traduciendo al inglés el nombre de pila del gobernador holandés. Por ello lo traducimos al castellano. (N.d.T.) < <

[10] Nos parece oportuno advertir a nuestros lectores que este relato no es una ficción. Todos sus detalles están sacados de los anales marítimos de Gran Bretaña. La realidad proporciona a veces hechos tan novelescos que la misma imaginación no podría añadirles nada. (N.d.A.) < <

[11] En realidad, tal como explica Bligh en su relato, Christian no era ni siquiera oficial, aunque hacía las veces de tal en los turnos de guardia. El segundo en el mando de la *Bounty* era el maestro, John Fryer. (N.d.T.) < <

[12] Bligh hace hincapié en que la puerta de su camarote no estaba nunca cerrada con llave. De cualquier modo, a partir de este punto dejaremos de señalar las discrepancias entre los relatos de Bligh y Verne, discrepancias que se dan sobre todo en este primer fragmento del relato de Verne y que responden fundamentalmente a la dramatización literaria del novelista, más preocupado por los efectos conseguidos que por la minuciosa exactitud de lo narrado. Consideraremos, en adelante, que las afirmaciones de Bligh, por cuanto que quedaron judicialmente probadas en el consejo de guerra contra parte de los amotinados, sirven de referencia para la exactitud o inexactitud de las afirmaciones contenidas en el relato de Verne. (N.d.T.) < <

[13] La palabra «forbante» no figura en el diccionario de la RAE. En la obra original Verne escribe: « *vouloir être traités comme des **forbans!***

c'est

». Y «*forban*», en francés, significa «pirata». (Nota del editor digital)

< <

[14] En este punto la discrepancia entre Verne y Bligh no responde ya a una distinta matización y dramatización, sino a un error de hecho de Verne. Recuérdese que el marinero en cuestión era John Norton, cuyo apellido se ha convertido en nombre geográfico para designar la parte de la costa en que cayó. (N.d.T.) < <

[15] Verne afrancesa el término en «noddis» y especifica, en nota a pie de página: «Especie de ave». Nos atenemos a la grafía inglesa empleada en el relato de Bligh y al empleo de la cursiva, no utilizada por Verne. Se ha seguido el mismo criterio de igualación en el caso de los nombres geográficos; así, por ejemplo, cambiamos el «Tonga-Tabou» de Verne por el «Tongataboo» de Bligh. (N.d.T.)

< <